

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

MARTES, 30 DE ABRIL DE 1861.

NÚM. 8.

SUMARIO.

Crónica general —La Anexión de Santo Domingo.—Luis Velez de Guevará, por D. Federico Villalva.—Bosquejo de la historia del arte, por D. Andrés Borrego.—Revista de Londres, por D. J. S. Bazan.—El Pauperismo en España, por D. Emilio de Mozo Rosales.—Cantares, por D. Ramon Campoamor.—La Familia, por D. Juan Ruiz Romero.—El Bálsamo de las penas, por doña Angela Grassi.—Revista de Madrid.

CRÓNICA GENERAL.

I.

La interpelacion del jefe de los disidentes, sobre la política del gobierno en los asuntos interiores y la discusion del proyecto de ley de imprenta, son los sucesos parlamentarios mas notables de la quincena.

Mucho tiempo hacia que se anunciaba un discurso del jefe de los disidentes, y cuando todos creian que habia ya renunciado á hacer uso de la palabra, hizo esa interpelacion escitado por algunas poco prudentes expresiones del presidente del Consejo de ministros.

Grandes debian ser los deseos del gobierno de salir de la desairada situacion en que lo habia colocado su justo temor á las recriminaciones del fundador en el Parlamento de la union liberal; pero lejos de conseguirlo no logró otra cosa con impulsarlo á que hablase, que sufrir la derrota moral mas completa que registran sus anales parlamentarios.

El jefe de los disidentes pidió estrecha cuenta al gobierno de la manera con que habia desarrollado los principios de la union liberal, en cuyo nombre consiguió el poder. Examinando uno por uno los actos del gobierno, puso en evidencia que no era con arreglo á esos principios como habia gobernado, sino aplicando otros que nada tienen que ver con los constitutivos del credo político del partido que quiere representar.

La mayoría, acostumbrada de antiguo á cerrar los ojos á la luz de la razon, escuchó atónita las fundadas acusaciones del Sr. Rios Rosas; combatía este al gobierno con sus propias armas, en su propio terreno; oponía á las máximas que sustenta las que debiera haber sustentado para corresponder á las exigencias del partido, y sus palabras lograron conmoverla y hasta arrancarle aplausos de admiracion.

No fué este obstáculo para que en la votacion que al debate se siguió, se colocara una vez mas al lado del gobierno; pero basta con que vacilase. Hasta ahora habia votado sin escuchar razones; ya, si bien la costumbre y los sueldos la obligan á depositar su sufragio

á los pies del gobierno, lo hace, no resueltamente sino con el remordimiento de su culpa. Vota, pero vacila.

La cuestion de la reforma y las leyes orgánicas suministraron al interpelante sus poderosísimos argumentos contra la conveniencia de la marcha que el gobierno sigue.

En el estado en que halló este la reforma al llegar al poder, no tenia otro recurso que completarla ó abolirla. Tres años ha dejado pasar, no obstante, sin hacer ni lo uno ni lo otro, y para permanecer en esa inaccion durante ellos, ha tenido que hacer una série de evoluciones, que en concepto del jefe de los disidentes, podian dividirse en cuatro séries y que marcaban otras tantas políticas diversas y contradictorias. Tan pronto, en efecto, ha ofrecido el gobierno en el Congreso anular la reforma, como en un célebre documento conservarla, como en el Senado continuar el *statu quo*, y como en la Cámara popular reformar lo reformado.

En las leyes administrativas combatió durante el espíritu centralizador que las domina. La facultad que la de ayuntamientos concede al gobierno de nombrar alcaldes y tenientes y de proporcionarse por lo tanto 40 ó 50,000 agentes en los pueblos; las trabas que la de gobierno de las provincias pone á la accion de las diputaciones provinciales; la igualdad que existe entre la ley electoral y la de 1845, de la cual es una segunda edicion, y la oposicion que en ella se hace á las elecciones por provincias, siempre preferibles á las de los distritos, le dieron sobradas ocasiones para descargar sobre el ministerio golpes contundentes.

Con una inflexible lógica puso en evidencia á la mayoría que la marcha del gobierno conducia directamente á la muerte de la union liberal, y consiguió demostrarle, que apoyando al gobierno preparaba su suicidio.

Algunos amigos, poco cautos del gobierno, presentaron cuando la discusion llegó á su término, una proposicion para que el Congreso declarase que habia oido con satisfaccion las esplicaciones dadas por este sobre su política exterior al contestar al Sr. Rios Rosas.

La cuestion que hasta entonces habia sido asunto particular de los disidentes y de la mayoría varió entonces de aspecto; moderados y progresistas tomaron parte en la lucha, y á los argumentos del Sr. Rios Rosas añadieron otros que con facilidad pusieron en claro que no tan solo la política de la verdadera union liberal que los disidentes proclamaban, sino la de los progresistas y hasta la de los moderados era mas lógica y oportuna la anómala é inconcebible del gobierno.

Un diputado de la mayoría, perteneciente á la frac-

cion progresista de la union, procuró atraer á una avenencia al jefe del gabinete y al de los disidentes, invocando las conveniencias del partido; pero aparte de que toda transaccion era imposible entre el que se obstinaba en ser no unionista, sino vicalbarista y el que proclamaba las verdaderas ideas de la union, hizo imposible que consiguiese su objeto la obstinacion y arrogancia del presidente del Consejo de ministros que no se dignó escuchar los consejos del conciliador, porque segun sus palabras no queria tratar de *potencia á potencia* con él.

La proposicion en que este pretendia que se declarase que no habia lugar á deliberar sobre la de los que querian que el Congreso dijese que habia quedado satisfecho con las esplicaciones del gobierno, fué en su consecuencia desechada por 189 votos contra 68.

En cambio la otra fué aprobada por 168 contra 65.

Pero teniendo en cuenta los especiales lazos que unian al gobierno son esos 168 votantes de los que mas de las dos terceras partes son empleados, y atendiendo á la insuficiencia de las razones aducidas en pro de la proposicion y de la política del gabinete por los que con una abnegacion, comprensible solo en los que á todo trance querian hacer méritos para lograr destinos, se lanzaron desatentadamente en defensa del gabinete y de sus actos; esa mayoría no puede contrabalancear el efecto producido en la opinion por los argumentos de las oposiciones, ni librar al gobierno de los efectos de su derrota moral. Ignominiosamente espulsado de la union liberal por el creador de esta en el Parlamento, desdeñado por los moderados, anatematizado por los progresistas, odiado por los demócratas, ¿qué le queda al ministerio? Esta discusion lo ha despojado por completo de toda representacion, de todo carácter político; ya no es ni puede ser otra cosa que un círculo de amigos y de héroes del presupuesto.

La ley de imprenta, que aun sigue debatiéndose, atrajo despues la atencion general. Los que usaron de la palabra en contra de ella, lograron evidenciar que es indudablemente peor para la imprenta que la vigente, hecha no por un ministerio, que como este hablaba de libertad, sino por el enjendro de una reaccion contra la libertad. Aquellos que la han defendido, á falta de razones han amontonado denuesto sobre denuesto y abominacion sobre abominacion contra la ley actual, logrando con ello que á nadie, ni aun á los mismos ministeriales, quede la menor duda de que el gobierno que ha consentido que rija por espacio de tres años que lleva en el poder, una ley tan anti-liberal como esta, es tan anti-liberal por lo menos como aquellos que la promulgaron.

A nuestro entender no debian buscarse los argumentos en pró de la ley en su comparacion con la actual con justicia anatematizada por todos los que tienen algunas tendencias liberales, por mínimas que sean, sino en la escelencia misma de la ley. Pero como en vez de cosas mejores no se encuentran en ella sino rasgos que la hacen mas draconiana aun que la vigente, de la comparacion no ha resultado sino su mayor des crédito.

Mucho mas restrictiva que la del gabinete ultra-mo-

derado, mas severa, mas suspicaz, va saliendo tan mal parada de la discusion, que es difícil que logre la promulgacion sin sufrir alteraciones gravísimas en el Congreso ó en el Senado.

Aparte de estos asuntos, el de los orígenes de la causa del ex-director de consumos, que se ventiló en sesion secreta, el de la estraña prohibicion del folleto en que el duque de Aumale contesta á las recriminaciones del principe Napoleon, y el proyecto de ley para la construccion del ferro-carril de Granollers á San Juan de las Abadesas, son los mas notables de que se ha ocupado la Cámara popular.

En cuanto al Senado, no se han distinguido seguramente por su laboriosidad los padres graves de la patria. El proyecto de ley de los 2.000.000 para material de artilleria, y el que autoriza á las empresas de obras públicas para emitir obligaciones, son los únicos que ha ventilado, y eso fria y conpendiosamente.

Las interpelaciones han abundado algo mas. A una sobre la trata de negros, ya desvirtuada por la discusion que hubo cuando lord Palmerston tuvo por conveniente ocuparse de España en términos tan descorteses, se siguió otra sobre si el gobierno habia sometido al Tribunal Supremo de Justicia ciertos magistrados, que segun el interpelante, habian faltado á las conveniencias en la sentencia de una causa, y á ella otra sobre el abuso del derecho de conceder pensiones; de todas salió el gobierno como Dios le dió á entender, y en la mayoría como acostumbra, esto es, con las manos en la cabeza.

Entre los sucesos estraparlamentarios figura uno de la mas alta importancia; la anexion de la República dominicana á España, espontáneamente proclamada por el pueblo dominicano.

La CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS tuvo la satisfaccion de dar la noticia antes que ningun otro periódico, y aun antes tambien de que el suceso llegara á conocimiento del gobierno, segun la declaracion que hizo este en las Cortes. Con el suplemento extraordinario que publicamos con el despacho telegráfico en que se nos transmitió la noticia, fué interpelado en el Congreso y manifestó que no tenia otra noticia del hecho que la que nosotros habiamos dado.

Todos los periódicos se apresuraron á copiar nuestro despacho telegráfico, y en pocos dias cundió por toda España, con singular regocijo de cuantos la oian, tan fausta nueva.

II.

Crónica extranjera.

Continúa siendo grave la situacion de Europa. Los encontrados intereses de las grandes potencias, aspirando siempre á conquistar la preponderancia, aunque al parecer en calma, se agitan, amenazando turbar de nuevo la paz.

En el siglo de la civilizacion, en este siglo en que se establecen Congresos de Paz y se anatematiza el duelo, los reyes y los grandes hombres de Estado, no queriendo ceder de lo que cada uno cree ser su derecho, dejan de entenderse por medio de la diplomacia, cuya impotencia viene ya como haciéndose ante el poder de la ambicion y de las pasiones, y cediendo al tor-

rente de los acontecimientos, concluirán por fiar á las armas la decision de la suerte de las naciones, como sucedia en aquellos tiempos y con aquellos hombres que hoy calificamos de bárbaros.

Inglaterra y Francia, nuestras vecinas, que en la apariencia se hallan en las mejores relaciones, y acaban de concluir un ventajoso tratado de comercio, no logran ponerse de acuerdo sobre la cuestion de los cristianos de Siria. Turquía, que vé su situacion empeorar, sujeta como se halla, tiene que esperar pacientemente que las dos grandes potencias europeas decidan sobre la suerte de aquella provincia, y habiendo primero insistido sin éxito en restablecer sus derechos de soberanía, tiene ahora que esperar resolucion sobre sus proposiciones de arreglo, asustada con la responsabilidad que sobre ella recaeria con la salida de las tropas francesas de ocupacion. Propone que queden en Beyruth 1,500 franceses; pero Inglaterra no accede, y Francia, si esta resistencia continúa, tendrá que bajar la cabeza ante los compromisos contraidos, y cumplir sus compromisos como está en el deber de hacerlo.

La carta del duque de Aumale ha causado gran sensacion en el vecino imperio, y aunque nada podemos decir sobre este particular, haremos notar que el asunto ha sido llevado á los tribunales y el fiscal imperial se encierra en hacer resaltar la culpabilidad del editor y del impresor, calificando el delito de atentado contra el poder constituido, contra el cual se escita el odio y el desprecio.

Rusia y Polonia continúan la lucha desigual entablada entre el coloso de los hielos y aquel pequeño pais que clama por su libertad. Las matanzas habidas en Varsovia, la especie de feroz ensañamiento con que las tropas rusas ametrallaron y acuchillaron á un pueblo tranquilo que no oponia por toda resistencia á las balas y bayonetas, mas que los pechos desnudos de sus hijos, la barbarie con que se ha asesinado sin compasion á débiles mujeres y niños, ofrecen un cuadro triste y desgarrador, cuyo espectáculo horroriza recordándonos los tiempos de Atila y Neron.

La pasiva resistencia á que se limitan los poloneses parece exasperar al gobierno ruso, que no contento con haber abolido los bancos agrícolas, fuente de riqueza y recurso de los labradores, abolicion á la que siguió la matanza de que hemos dado cuenta, cierra hasta los colegios de niños, donde se permiten alguna pequeña manifestacion en favor de las victimas. Los últimos despachos anuncian nuevos disturbios, ó por mejor decir, nuevos atentados en Varsovia, cuyas plazas y calles se hallan convertidas en campamentos donde vivaquean las tropas del emperador. Estos rumores, que creemos sin embargo desprovistos de fundamento, reconocen por causa las gracias y condecoraciones concedidas á los generales y oficiales que mas se han distinguido ensañándose contra los habitantes de Varsovia en el nefando dia del degüello.

La civilizacion marcha, y el fuerte sigue oprimiendo al débil.

La cuestion de Roma continúa á la órden del dia, sin que se llegue á encontrar una solucion conveniente para ella. En Italia siguen los armamentos. Austria

continúa sus obras de defensa, y la concentracion de sus ejércitos. Las dos naciones rivales contemporizan y esperan, no atreviéndose ninguna á provocar un conflicto que parece inevitable.

El rey de Nápoles, que continúa en Roma, sostenido y apoyado por el cardenal Antonelli, á pesar de todas las reclamaciones del gabinete de Turin, es una fuente constante de disturbios, como los que hubo últimamente en Nápoles. Algunas bandas de jente perdida, entre las que se veian varios agentes borbónicos y unos cuantos guardias nacionales, trataron de turbar el órden, haciendo una manifestacion ruidosa, y llegando algunos hasta penetrar en el ministerio del Interior y romper los cristales de la casa de M. Spaventa, contra quien al parecer iba dirigido el motin. Sus esfuerzos quedaron sin éxito. Las tropas piamontesas y la Guardia nacional, que espulsó de su seno á los que habian tomado parte en el motin, restablecieron el órden, dando pruebas de una gran moderacion y sin tener necesidad de cometer ninguna violencia ni hacer uso de las armas.

Esta demostracion, que se debe á las instigaciones de los reaccionarios y de los borbónicos, no ha causado la menor inquietud. No ha habido mas que ruido, mucho ruido.

Las provincias del reino continúan pacificándose. Ya no quedan mas que algunos bandidos que poco á poco se van cogiendo, y el oro y las proclamas procedentes de Roma, no producen efecto.

La conducta del emperador de los franceses, respecto de la cuestion de Roma, sigue siendo vacilante y misteriosa, como lo es su política.

Napoleon, con la presencia de las tropas francesas en Roma, parece apoyar las intrigas de aquella corte, que por otra parte desaprueba, cuando no niega, sino aplaza la evacuacion. Se busca un arreglo equitativo para Italia, que no ponga, sin embargo, en peligro los intereses del Papa, y el gabinete de Turin, con la deferencia que siempre ha mostrado hácia la Francia, espera que esto suceda, porque así le conviene.

En efecto, el reino de Italia se ha constituido; pero aun no ha sido reconocido por Francia. Garibaldi y Cavour, despues de la especie de lucha que sostuvieron en el Parlamento, despues de su desavenencia, se han reconciliado. La Italia camina á pasos agigantados hácia su reorganizacion. El primer paso se ha dado. Victor Manuel ha sido proclamado rey de Italia, y el reconocimiento de este título por el gabinete francés, es de grande importancia.

El gobierno italiano cree, y razon tiene en creerlo así, que una resolucion cualquiera sobre la cuestion de Roma, aunque solo sea un arreglo provisional, es la condicion *sine qua non* del reconocimiento del nuevo reino por el gabinete de las Tullerías. Por esto espera.

Sobre la reconciliacion de Cavour y de Garibaldi se ha hablado mucho, como no podia menos de suceder, atendida la importancia de este paso. Se ha hablado de condiciones impuestas, de tratos hechos, y como sucede siempre, no se ha discrepado mucho de la verdad. Claro es que si se hubiera querido obligar á Cavour á que aceptase la manera de ver de Garibaldi, ó

si se hubiera tratado de imponer á este la política de aquel, la reconciliación hubiera sido imposible: pero nada de esto ha sucedido. Explicándose con franqueza, han aprendido á conocerse mejor mutuamente, y esto ha bastado para concluir sus diferencias. De lo que ambos hayan convenido nada se sabe.

En Turin continúan en grande escala los preparativos de guerra. Sin embargo, no se cree que empiecen este año las hostilidades, y se aplaza la campaña para la primavera de 1862.

Pero á pesar de todo, creemos que en el estado de excitación en que hoy se encuentra Europa, no puede confiarse mucho en la continuación de la paz, cuando los sentimientos de las naciones son tan poco pacíficos.

El reconocimiento del nuevo reino de Italia, ha sido objeto de un Consejo de ministros, celebrado en las Tullerías. En él se ha acordado diferir toda resolución. ¿Qué esperará Napoleón? No es fácil preverlo. Pero habiéndose abandonado como lo ha hecho, en brazos de los acontecimientos, es de creer que espere algo de ellos, cuando de esa manera continúa en su vacilante política. O bien, como hizo con el rey de Nápoles, á quien si no defendía, protegió por lo menos en Gaeta, abandonará al Papa, y dejará á Victor Manuel en libertad de obrar como mejor le convenga. La cuestión es difícil de resolver. Por un lado Italia que clama por ocupar la antigua capital de los Pontífices; por otro Austria, cuyos ejércitos parece no esperan sino una señal para lanzarse sobre los piemonteses. Y esta señal podría ser muy bien la evacuación de Roma por los franceses. La corte romana por su parte, se agita y el gabinete de cardenales resiste con todas sus fuerzas al torrente de la opinión y del pueblo libre de Italia. El emperador en tanto vacila y no atreviéndose á retirar por completo á Italia el apoyo de su brazo, aplaza la cuestión del reconocimiento, y favorece el empréstito del gabinete de Turin, que á fin de poder cotizarse en la bolsa de París, tomará el nombre de empréstito Victor Manuel.

Prusia continúa trabajando con perseverancia por ocupar en Alemania el rango que hasta ahora ha pertenecido al Austria. Sin embargo, por el momento nada se dice sobre las cuestiones pendientes que la agitan. Dinamarca, no cede y el gabinete prusiano nada en definitivo ha resuelto aun.

En el interior, no por eso la calma es mayor y aunque aparentemente nada se deja traslucir, las pasiones se agitan y las ambiciones trabajan. La Cámara alta, interesada en resistir al gabinete, ha tenido por fin que ceder, en vista del apoyo que á este prestan la corona y la opinión general del país. El artículo primero de la ley para el repartimiento de la contribución territorial, ha sido aprobado por la Cámara de los Señores de Prusia, y esto hace creer que la ley será adoptada en su totalidad.

Los nobles prusianos han tenido la lucha; quizás habrá habido también algo de patriotismo; pero de todos modos, los defensores del antiguo régimen han tenido que ceder, y se han resignado á no continuar su sistemática oposición á todo lo que votaba la Cámara de los representantes.

La libertad empieza á abrirse paso, y si no vence, por lo menos se la hace lugar en todas partes.

Los pueblos reclaman su autonomía y los monarcas ceden.

Austria ha entrado también en esta senda, y el gobierno del emperador, sintiéndose débil si está solo, para hacer frente á las complicaciones que puedan sobrevenir, busca el apoyo del país, haciéndole concesiones.

El emperador ha leído en la Cámara el discurso de la Corona, primero que se ha pronunciado en Austria, porque la Dieta de 1848, procedente de una revolución, no pudo obtener que el emperador Fernando inaugurase unas sesiones.

La ceremonia se ha efectuado con la mayor pompa. En algunos momentos la impresión producida en el público ha llegado hasta el entusiasmo, sobre todo en los párrafos relativos á la unidad del imperio y á las intenciones de conservar las que anima al emperador.

Pero notamos que el discurso no hace la menor alusión á las relaciones del Austria con las demás potencias.

La diplomacia se ha apercibido también de ello.

Y aunque la situación actual indica bastante lo inminente que es una guerra, este silencio viene á confirmar los vagos temores que en todas partes se abrigan y la especie de inquietud que reina en todos los países.

En los Países Bajos continúa la tranquilidad. La Cámara de representantes se ocupa tranquilamente en discutir los proyectos de ley que presenta el ministerio.

Al otro lado de los mares, las pasiones fermentan también como en Europa, y el conflicto que venía temiéndose ha surgido por fin haciendo estallar una guerra fratricida entre los Estados de la unión americana.

Las últimas noticias detalladas, dan pormenores sobre la heroica defensa del fuerte de Sumter, cuya reducida guarnición mandaba el mayor Anderson.

Se han tirado mas de dos mil cañonazos en poco menos de cuarenta y ocho horas, y sin embargo no ha habido ni un solo muerto, de una ni de otra parte. Los sitiados han tenido cinco heridos.

Durante el combate, seis buques de la escuadra americana hacían el papel de espectadores; ninguno de ellos hizo el menor movimiento para socorrer á los sitiados ó para llamar hacia otra parte la atención de los sitiadores.

Esta inacción inexplicable de la escuadra federal indignaba á todo el mundo. De tal modo que los charlestonianos, al mismo tiempo que recibían entusiasmados á los vencedores, silbaban sin compasión á los marinos por su flemática apatía.

Se dice que esta derrota ha sido calculada y entra en la política del gabinete de Washington, que quiere así hacer recaer todas las culpas sobre los separatistas para justificar las enérgicas medidas que acaba de tomar.

LA ANEXION DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO.

Cuatro siglos hace que la isla de Haití fué descubierta y conquistada por los españoles. Despues de ellos y cuando sus habitantes habian logrado sacudir el yugo extranjero y saboreaban el fruto de la independencia, vuelve la antigua *Española* á formar parte de la que fué su metrópoli.

Entonces dejó de ser independiente por la fuerza de las armas y el atraso de sus habitantes; hoy, cuando estos se hallan al nivel de los súbditos de las demás naciones americanas, renuncian á su independencia y voluntariamente se entregan á España, teniendo en mas que su isla sea provincia de ella que Estado independiente.

De las dos naciones en que esta se halla dividida, la República dominicana ha proclamado ya libre y espontáneamente su anexion á España, y la de Haití da inequívocas señales de estar dispuesta á seguir el ejemplo de su vecina y enemiga.

De todos conocidas son las vicisitudes de la isla de Santo Domingo desde que Colon echó los cimientos de la colonizacion española. Incompletamente conquistada, aun muchos años despues del descubrimiento del nuevo mundo, su parte occidental permaneció siendo independiente. Los franceses, que desde uno de sus establecimientos estaban contemplando el abandono en que España tenia á aquella parte de la isla, y codiciando las inmensas riquezas con que brindaba la fertilidad de su suelo, organizaron varias expediciones que lograron consolidar algunos establecimientos. De ellos tomó origen la dominacion francesa en la isla, y con el tiempo llegó á estar dividida esta en dos partes casi iguales, francesa la una y española la otra. Uno de los muchos tratados inconvenientes que España celebró cuando comenzaba á oscurecerse el astro de su gloria, la despojó del dominio de la parte española, y á contar desde entonces toda Santo Domingo fué colonia francesa.

Cuando estalló en Francia esa revolucion que puso en práctica las teorías difundidas por la escuela filosófica y extendió por todo el mundo civilizado las ideas de libertad, dejó Haití de ser colonia para convertirse en Estado soberano.

Su emancipacion es digna de llamar la atencion por mas de un concepto. No la consiguieron como en las colonias españolas aquellos descendientes de los primitivos conquistadores que habian reemplazado á la raza indígena y cuyos derechos hacian valer; no fué tampoco efecto del deseo de un pueblo de recobrar su independencia. Los que hicieron la revolucion que la ocasionó fueron los esclavos, la raza negra; lo que buscaban haciéndola, no era la independencia, sino la libertad.

Mas odio aun que á los franceses profesaban los negros á los criollos, á esos representantes de la raza indígena, que hubieran podido desear la independencia de la que fué la patria de sus antepasados. Dueños estos de la mayor parte de las plantaciones y de los ingenios, y en la precision por lo mismo de ejercer so-

bre los negros un dominio inmediato, eran el objeto de todos los odios de aquella raza, á la que habian tiranizado por espacio de tanto tiempo, y para la cual se iba acercando el dia de la venganza. En cuanto al gobierno y á las autoridades francesas, no tenian otra antipatia los negros que la ocasionada por la proteccion que necesariamente daban á los criollos, sus eternos enemigos.

La expansion producida por el enseñoreamiento de la libertad en Francia halló mas eco en los negros que en los criollos de Santo Domingo; deseosos aquellos de autoridad para dominar á estos, vieron con disgusto el cambio verificado; pero en la raza negra dió la declaracion de los derechos del hombre hecha por la asamblea francesa, la señal de la insurreccion.

En una sola noche fueron entregados á las llamas los plantíos de casi toda la isla, y los colonos que habitaban en el campo, bárbaramente asesinados por sus mismos esclavos. En las pocas horas que tuvo aquella noche tomó la raza negra venganza suficiente de los agravios de que durante dos siglos estaba siendo objeto.

A la voz del mulato Oge, acudieron los incendiarios á las armas, y desde entonces hasta la evacuacion de la isla por las tropas francesas, no trascurrió mucho tiempo.

Dueña del país la raza negra, se convirtió de dominada en dominadora de la raza blanca; y si despótica habia sido con ella esta, mas lo fueron todavía desde entonces los negros con los blancos.

De la lucha incesante de ambas razas resultó la division de la República erigida por los negros en otros dos Estados.

Los blancos establecieron la República dominicana; los negros cayeron bajo la tiranía de Soulouque.

A contar desde entonces fué la parte oriental de la isla, que era la que correspondia á la antigua colonia española, y entonces á la República fundada por los blancos, verdaderamente independiente.

Pero ni uno ni otro estado tenian condiciones de estabilidad. En Haití Soulouque destruía del modo mas feroz la civilizacion que dejaron los franceses; en Santo Domingo, la ambicion del gobierno de Washington alentaba la discordia. Los haitianos consiguieron mejorar algun tanto concluyendo con el imperio de Soulouque; pero los dominicanos, cada vez mas subdivididos y estrechados á la vez por los haitianos que aspiraban á dominarlos nuevamente, y por los norte-americanos que querian anexar la República á la Confederacion de los Estados-Unidos, comprendieron que no tenian otro medio para salvar su raza, su religion, sus costumbres y su idioma, que echarse en brazos de España.

Ni un solo momento han dejado, de diez años á esta parte, de hacer gestiones cerca de nuestros gobiernos para conseguir la anexion de su país á la que fué en lo antiguo su metrópoli.

Pero los Estados-Unidos han sido siempre un poderoso obstáculo para que España se resolviese á abrir los brazos á sus antiguos hijos. Sabia muy bien que los norte-americanos querian á Santo Domingo para sí, ni

mas ni menos que á Cuba, y por no aventurar ésta dilataba la adquisicion de aquella isla.

Los dominicanos entretanto, procuraban contrarrestar la influencia norte-americana españolizándose cada vez mas. A las continuas remesas que los filibusteros de Nueva York les hacian de industriales que en su dia fuesen otros tantos soldados de la causa de la union, oponian la inmigracion de colonos y artesanos españoles, que fomentaban á costa de grandes sacrificios, y la colocacion en su reducido ejército de todos los oficiales del español que querian pasar al servicio de la República.

Los norte-americanos redoblaban en vista de ello sus esfuerzos. El general Cazenau, uno de los lugartenientes de Walker, estaba en Santo Domingo con un carácter semi-oficial organizando y recibiendo los *industriales* que enviaban los patriotas de Nueva York, y en Samaná y en Puerto Plata habia establecido una especie de sucursales de su comision.

Pero dos sucesos han venido á cambiar completamente en poco tiempo la situacion de las cosas. La guerra que España ha sostenido en Africa, nos ha revestido á los ojos de los dominicanos y de los haitianos de una consideracion que no nos tenian, porque nos reputaban demasiado débiles é incapaces de contrarrestar la influencia norte-americana; la disolucion de la Confederacion de los Estados-Unidos ha desvanecido todos los proyectos de engrandecimiento del gobierno de Washington, que lejos de pensar en hacer la Confederacion mas grande y en anexas á ella las Antillas, ha tenido que resignarse á perder en el Continente todos los Estados del Sur que ya forman una nueva Confederacion.

La combinacion de estos dos hechos, que dando á España mayor importancia de la que antes tenia, anula casi por completo la influencia norte-americana, ha producido el efecto que era de esperar. Los dominicanos se han apresurado á proclamar la anexion á España; los haitianos, comprendiendo que nada pueden esperar de los norte-americanos y si mucho que temer de los dominicanos protegidos por los españoles, vuelven tambien los ojos hácia España y trabajan, segun parece, porque esta ejerza sobre ellos una especie de protectorado que con el tiempo pudiera convertirse, manejando hábilmente el asunto, en una semi dominacion, que pusiese á toda la isla de Santo Domingo bajo el poder de España.

Tal es la situacion de Santo Domingo; tales los deseos de sus habitantes; pero falta conocer el modo de pensar de España en el asunto. Cualquiera creeria que la anexion estaba consumada con la manifestacion que los dominicanos han hecho de su firme propósito de renunciar á la independendencia y con la que los haitianos harán tambien probablemente; pero la verdadera y extraña dificultad está en que nuestro gobierno no se muestra propicio á aceptar esa anexion.

Cuales sean las razones que tenga para ello, cuales las que le induzcan á retardar inoportunamente la aceptacion de una anexion tan espontáneamente ofrecida como la de los dominicanos, es lo que no sabemos; pero el hecho es que alarga todo lo posible la re-

solucion del asunto, y que procura preparar la opinion por medio de sus órganos en la prensa para una repulsa de la oferta de los dominicanos.

Por mas detenidamente que se examina el asunto, es imposible encontrar otros motivos que pudieran justificar esa resolucion que las escasas ventajas ó los daños que la anexion acarrearía, las complicaciones que podria producir en la política exterior, ó la necesidad de no faltar á ciertas consideraciones enteramente ajenas de la cuestion por mas que á primera vista parezcan un deber de consecuencia.

Pero ni aquella escasez de ventajas ni mucho menos aquellos daños, deben temerse, ni esas complicaciones esperarse, ni estas consideraciones atenderse, cuando, como en la ocasion presente, contrarian intereses de la mas alta importancia.

No tan solo no se seguirian en efecto perjuicios á España de la anexion de Santo Domingo, sino que resultarian de ella muchas y grandes ventajas. Los rendimientos asi de la República de Haiti como de la de Santo Domingo, bastan en la actualidad para cubrir todas las atenciones de ambos Estados, y como pasando de naciones á colonias se disminuirian notablemente los gastos sin decrecer por eso los ingresos, resultarian indudablemente sobrantes. Unido á ellos el aumento que seguramente tendrian las rentas, con la sustitucion del sistema tributario que hay en nuestras colonias al establecido en aquellas Repúblicas, bastaria para compensar con esceso los gastos extraordinarios que una colonia mas acarrearía, y para satisfacer los intereses de la pequeña deuda que tienen Haiti y la República dominicana y aun atender á su amortizacion.

Si á ello se añade la eficaz manera con que una colonia contribuye al aumento de la riqueza nacional, no es posible, sin caer en el absurdo, sostener la inconveniencia de la anexion.

Los habitantes de Santo Domingo conocen por otra parte perfectamente así por tradicion como por lo que están viendo en Puerto-Rico y en Cuba la legislacion colonial de España, y al solicitar la anexion de su patria no pueden por menos de haberlo hecho con todo conocimiento de causa y aceptando en todas sus partes esa misma legislacion.

Las dificultades que algunos creen encontrar en la diferencia que seria necesario establecer entre la nueva y nuestras antiguas colonias de las Antillas, vienen así á quedar desvanecidas.

Pero aun cuando fuera preciso hacer algunas concesiones á los nuevos súbditos, los adelantos de la civilizacion y el ejemplo de lo que han hecho las demas naciones en sus metrópolis, ponen á la vez en evidencia que no seria nada inconveniente liberalizar algun tanto la legislacion colonial. Sin relegar al olvido consideracion alguna, se podia á un mismo tiempo de este modo acceder á las justas reclamaciones de los habitantes de la nueva colonia y mejorar la situacion política de los pobladores de las antiguas, haciéndolos á todos iguales en derechos.

La razon y la conveniencia están exigiendo á la vez la reforma de esa legislacion, y este suceso ofrece una ocasion muy oportuna de satisfacer á las dos.

No hay mas que fijar la vista en el croquis que publicamos, para comprender cuán ventajosa seria para España la adquisicion de la nueva colonia.

Colocada la isla de Haiti entre las de Puerto-Rico y Cuba y á igual distancia de ambas, así como su ocupacion por cualquier otra potencia podria crear dificultades y complicaciones; su anexión á España seria en alto grado conveniente. Dueña esta de la inmensa línea que se estiende desde la parte oriental de Puerto Rico hasta la occidental de la isla de Cuba, no podria por menos de robustecer la influencia que le dá en el golfo de Méjico la posesion de esta.

Los grandes gastos que ocasionan las colonias por la necesidad de sostener periódicas y constantes comunicaciones con la metrópoli y por la de mantener en ellas, aun en circunstancias normales, las tropas y los elementos necesarios para que puedan estar á cubierto y libres de todo golpe demano y resistir mientras llega en su auxilio la metrópoli, están aquí evitados.

Sin variar su rumbo, sin hacer la travesía mas larga ni costosa, podrán los mismos buques-correos de Cuba y Puerto-Rico tocar en Santo Domingo; en vez de necesitar sostener en esta isla un ejército respetable, bastará á defenderla y á tenerla á cubierto de toda agresion el mismo que hay ahora en Puerto-Rico y en Cuba.

La marina necesaria para la custodia de las costas, tan dispendiosa en las colonias, podrán constituir la allí los mismos buques que hacen el servicio en Cuba y Puerto-Rico.

En posesion España de las tres Antillas mayores, su influencia en el Continente no puede por menos de cre-

cer y de ir devolviéndonos en la América del Norte la consideracion que necesitamos, y en la del Centro y en la del Sur, aquel poderio, de que ahora carecemos casi por completo, para que sean respetados los súbditos

y los intereses españoles, y para que la marcha política no propenda, como en la actualidad sucede en aquellas Repúblicas, á posponer la antigua raza española á la *yankee*, la influencia de España á la de los Estados-Unidos é Inglaterra.

En cuanto á las complicaciones diplomáticas, ni deben esperarse ni tampoco temerse. Una sola nacion hubiera podido oponerse á que España ensanchase sus posesiones en América, y esta no se halla ahora, ni se hallará tampoco probablemente en mucho tiempo en disposicion de hacerlo. La guerra civil que ha estallado en la antigua Confederacion de los Estados Unidos y su division en las dos Confederaciones de los Estados del Sur y del Norte, imposibilita de un modo absoluto al gobierno de Washington de continuar aplicando la doctrina de Monroe y de pensar en nuevas adquisiciones de territorio, al mismo tiempo que en impedir que las hagan en América las naciones de Europa y procurar que vayan estas perdiendo sus colonias en el nuevo Continente.

No tan solo están imposibilitados los Estados-Unidos de realizar su propósito de apoderarse de la República dominicana, sino de impedir que España se posea de ella. Esa imposibilidad completa durará todo el tiempo que la guerra civil dure en la América del Norte, y despues de terminada, cuando consolide la existencia de la nueva Confederacion de los Estados del Sur, como todo hace creer que la consolidará, la riva-



lidad que entre una y otra Confederacion se suscite para las adquisiciones de territorio será el medio mas oportuno de impedir que realicen ninguna anexion los Estados del Sur ni los del Norte.

Aparte de los norte-americanos, la Gran Bretaña es la única potencia que podría ver con disgusto la anexion á España y sus circunstancias actuales no son mejores que las de los Estados-Unidos para que sea su oposicion temible.

El nuevo imperio francés ha concluido de anular la influencia británica. De treinta años á esta parte no ha cesado la Gran Bretaña de ir perdiendo aquel poderío que un día llegó á tener; de desacierto en desacierto, siempre temerosa de las guerras por sus intereses comerciales, no ha hecho constantemente mas que humillarse ante los fuertes y hacer alarde de su poder con los débiles. Las potencias han llegado á comprender que el gobierno de Londres no sabe ya dictar su voluntad sino á los que dócilmente se prestan á escucharla, y que ante cualquier resistencia cede y renuncia á todas sus pretensiones. El gobierno imperial francés ha logrado poner en evidencia que no hay sino un fondo de debilidad detrás de esa fuerza que afecta la Gran Bretaña, y esto unido á la observacion de la conducta siempre prudente con el que da á entender que no teme la guerra, que ha venido observando esta potencia, ha concluido por hacerla descender á su verdadera categoria y á despojarla de su injusto predominio.

Hasta ahora no se le temia porque constaba que cedia siempre á la energia; ya no se le teme porque se sabe que carece de poder.

Que España renunciase, por lo tanto, á una adquisicion que pudiera serle ventajosa, por consideracion al disgusto que su conducta pudiera producir en el gobierno inglés, ó por temor á este, seria el colmo de la ridiculez y de la inconveniencia.

Por lo que hace á Haiti, Francia podría únicamente alegar derechos y hacer consideraciones que pudieran contrariar su anexion á España. Pero las miras del gobierno francés no están en América, ni el nuevo imperio presta gran atencion á lo que en Haiti pueda suceder. La política de Francia tiene en Europa mas ancho campo, su necesidad de colonizar esta nacion, es suficiente satisfaccion en Argelia, y los intereses de su comercio, y algunos otros de índole mas elevada, le hacen volver la vista con predileccion hácia el Oriente.

Es seguro que no daria gran importancia á esa anexion, y mucho mas aunque dirigido el asunto con alguna habilidad, se podría contar casi desde luego con el consentimiento del gabinete de las Tullerías.

Siendo por lo tanto ventajosa la adquisicion de la colonia y no debiendo temerse complicaciones exteriores, seria de todo punto inconveniente y hasta absurdo rechazar la anexion por otra clase de consideraciones. Si España se ha declarado partidaria de las anexiones en Italia, si ha protestado contra ellas, demostrará esto cuando mas que ha andado desacertada en la cuestion italiana, pero no que por lo mismo deba continuar en el mismo desacierto en América. Seria esclavizar-

se á la idea de la consecuencia del modo mas absurdo, y sacrificar á una idea altísimos intereses.

Imposible llegaría á ser por ese sistema la enmienda, y la nacion que hubiera cometido un desacierto no tendría mas remedio que aceptar todas sus consecuencias y dejarse arrastrar por él á todos los errores.

Si en Italia, por otra parte, ha podido parecer oportuno, en razon á el parentesco de nuestra familia real con los ex-grandes duques y con el ex-rey de Nápoles, que el gobierno español clame contra las anexiones, es esto todo lo que un pueblo puede sacrificar á esa clase de intereses; pero pretender que por guardar consecuencia á lo que estos exigieron, renuncie la nacion á las grandes y positivas ventajas que pudieran resultarle de una anexion, es la mayor de las aberraciones. España habrá podido desconocer los derechos de los pueblos por defender los de los parientes de su familia real, pero no está en el caso de exagerar esa defensa hasta el punto de renunciar á una anexion.

Que los ministros de un monarca absoluto pusieran particular empeño en atender ante todo á los intereses de su amo, y pospusieran á ellos los de la nacion, es cosa que se comprende; pero como es hasta ridiculo que un ministerio constitucional se empeñe en rechazar una anexion porque pudiera desvirtuar el efecto de la política que ha juzgado conveniente seguir para favorecer á los parientes de la familia reinante, no nos resolvemos á creer que el gobierno del duque de Tetuan se decida á no admitir la reincorporacion de Santo Domingo á España por ser consecuente con lo que ha hecho por el ex-rey de Nápoles.

Y sin embargo, es evidente que demora aceptar la anexion y que su conducta no es la mas á propósito para realizarla.

Qué razones tenga, aparte de esta para obrar en ese sentido, es lo que no sabemos; pero cualesquiera que sean deben ceder á la indisputable conveniencia de la anexion, si se ha de procurar ante todo la utilidad nacional, que es una ley suprema.

ODRACIR.

BOSQUEJO DE LA HISTORIA

DEL ARTE.

II.

Antes de entrar en la época del renacimiento, y ya que con motivo de los trabajos de la franc-masonería y de su influencia en los monumentos del arte en los siglos de mayor decadencia, hablamos de la arquitectura gótica, añadiremos algunas pocas líneas que sirvan á indicar el ulterior desarrollo que la aparicion de otros estilos marcó en la historia de la arquitectura en general.

El Bizantino pertenece á los artistas griegos del imperio de Oriente, y señala el periodo de gran decadencia del arte antiguo y la influencia de las costumbres del nuevo culto, ocupado en disolver la sociedad pagana, como para edificar sobre terreno libre y desembarazado, la nueva sociedad que elaboraba en su seno. La iglesia de Santa Sofia de Constantinopla, convertida en mezquita despues de la conquista turca, y la de San Marcos de Venecia, son los dos mejores monumentos que la arquitectura bizantina haya producido.

El estilo lombardo, que no debe confundirse con el gótico primitivo, y que es del siglo VIII, y floreció bajo Teodorico y los reyes lombardos de su raza, solo merece ocupar al crítico y al viajero, como ocupa al artista, en concepto de objetos de curiosidad ó de erudición, pues nada es menos elegante, nada mas informe y desagradable que el conjunto de un templo de aquella escuela, si tal nombre puede darse á las groseras construcciones que se ven en varios puntos de la Italia Septentrional.

El género gótico debe su elegancia á los trabajos y esfuerzos perseverantes de los franc-masones por corregir la pesadez del gótico primitivo. Conservando de este las elevadas bóvedas y los espesísimos muros, lo embellecieron cortando la aridez de sus líneas con espirales, nichos, estatuas y otros adornos que dieron elegancia y ligereza á los edificios. Luego se añadieron las torres labradas y caladas con tanta delicadeza como si fueran tegidas de encaje y sostenidas por columnitas, cuya esveltez ceñía la elegante ogiva reflejada por los mil colores de las resplandecientes vidrieras.

¿Y quiénes fueron los arquitectos que levantaron aquellas soberbias catedrales? Apenas lo sabemos; además de que algunas fueron obra de varias generaciones. Pero en todas descubrimos la mano de la misteriosa hermandad, que habia reunido en su seno artistas de diferentes naciones, y por cuyas manos, interin el alemán Wilhem de Insprach construía la torre ladeada de Pisa, los hermanos Lapis, toscanos, trabajaban en la catedral de Coblentz.

El estilo árabe ó moresco, cuyos principales monumentos se encuentran en España y en Sicilia, hijo de la invasión musulmana que durante siglos poseyó las mas feraces y risueñas provincias del Mediodía de Europa, apenas necesita ser señalado ni descrito á los que habitan la region en que está situada Córdoba, Granada y Sevilla, donde la vista de la grandiosa mezquita, de la huérfana y desierta Alhambra, del histórico alcázar, ponen delante del curioso viajero los graciosos restos de aquella tan brillante como pasajera civilización árabe que atravesó el mundo como el efímero resplandor de un engañoso meteoro.

Después de estas manifestaciones del pensamiento artístico con relacion á la arquitectura, la que como hemos visto, ocupa un lugar tan vasto como escepcional en los siglos de la mayor decadencia, en razon á las exigencias y necesidades del culto, no menos que á consecuencia de la ardiente piedad y celo que anima á los fieles, causas generales de las que vamos á ocuparnos, ejercieron un influjo que se extendió á todos los ramos de las bellas artes y de la civilización, y condujo á los adelantos que señalan la época del renacimiento. A estos adelantos contribuyeron móviles de índole bastante opuesto; el espíritu cristiano fortalecido por la supremacía que habia adquirido, y libre de los temores y del antagonismo que habia manifestado contra el arte antiguo; y el génio mismo del paganismo ó sea el espíritu de su civilización, estudiado y honrado en las producciones de su literatura y en las estatuas y monumentos descubiertos, desenterrados y buscados con ahinco á fines del siglo XV.

Pero no anticipemos los resultados que nos irá poniendo de manifiesto el orden progresivo de los hechos que forman el cuadro de nuestra investigación.

Creo haber dicho que la Iglesia, en los primeros siglos de la era cristiana, proscribió severamente todos los objetos de escultura, en odio á los ídolos del paganismo, lo que contribuyó grandemente á la decadencia del arte y á la destruccion de las estatuas; pero vencedora la Iglesia de los falsos dioses y terminadas las contiendas entre iconoclastas é iconólatras, la disciplina se modificó y empezó por admitir las imágenes del Salvador, de la Virgen y de los santos, representa-

das por la pintura, interin mas tarde la tolerancia se extendía á las imágenes talladas.

Esta reforma dió al primero de aquellos artes plásticos una preferencia que contribuyó mucho á sacarlo del olvido y abatimiento en que se encontraba, aunque fué á costa de ejercer sobre él una tutela que debia retardar sus progresos. No se permitió á los pintores poner nada de suyo en los retablos que ejecutaban para las iglesias. Debían conformarse á la tradicion admitida y reproducir tipos conocidos, sin alteracion alguna. Las imágenes de Cristo y de la Virgen debían seguir presentando el aspecto tétrico, sin animacion, casi sin formas, que caracteriza las pinturas de aquel tiempo.

Era además tan miserable la condicion de los pintores, que ni aun formaban todavía gremio, en una época en que todos los oficios constituían corporaciones privilegiadas. Meros auxiliares y jornaleros, trabajaban para los ebanistas, para los plateros, silleros, guarnicioneros y armeros, pues en las obras de todas estas profesiones entraban dibujos y adornos de pintura, como lo atestiguan los muebles y artefactos de aquellos tiempos, sin que deba dejar de mencionarse que desde entonces y hasta muy entrada la época del renacimiento, era condicion obligada de toda pintura sobrecargar el fondo y los accesorios con oro, como observamos en los retablos anteriores al siglo XV, y aun en los cuadros de épocas posteriores, en las que el arte caminaba resueltamente á su restablecimiento.

En los adelantos que este comenzó á hacer desde el siglo XIV, cupo una parte decisiva y preferente á la pequeña Toscana, y en ella muy particularmente á Pisa.

Su preciosa catedral es del siglo XI y XII, terminada en el XIV, de cuya época es la torre ladeada y el célebre baptisterio. Giunta de Pisa y Margueritone precedieron á Cimabue, y sus pinturas son de un inestimable precio histórico, no obstante sus palpables imperfecciones. El segundo de estos dos pintores fué el primero que empleó el lienzo, no ya en la manera que hicieron los artistas del siglo XVI, sino extendiéndolo sobre madera y colocando sobre él una capa de yeso preparado para recibir los colores.

Nicolás de Pisa, escultor y arquitecto, sacudiendo preocupaciones tanto mas arraigadas cuanto que se ligaban á tradiciones religiosas, abrió nuevos desarrollos al arte, dedicándose al estudio de los monumentos de la antigüedad, y sus obras, que pueden verse en Bolonia, en Florencia y en Pádua, legaron modelos que debían contribuir á los progresos y mejoras realizadas por sus discípulos y sucesores. El terreno, ya preparado, fructificó rápidamente, y Arnolfo de Pisa, que aprendió con Juan, hijo de Nicolás, y su discípulo Andrés, fundaron la escuela en que se formaron Donatello, Brunelleschi Ghiberti, destinados á dar tanto brillo á su patria Florencia, que pronto inmortalizaran los grandes ingenios que veremos salir de ella.

Los autores asignan á Cimabue el primer lugar entre los artistas del renacimiento, pero su mérito es enteramente histórico como el de Margueritone, pues aunque cotejados con las pinturas de su tiempo y las de los pintores del bajo imperio, las cabezas de las figuras de Cimabue presentan mayor perfeccion y vida, todavía su dibujo es tan informe y primitivo, tan monótona su composicion, tan desprovistos sus accesorios de naturalidad y gracia, que bien puede calificarse de exagerada la admiracion que le tributaron los florentinos llevando en procesion una de sus madonnas desde su taller á la iglesia. No negaremos sin embargo á Cimabue dotes de artista, cabiéndole además el mérito de haber adivinado el génio de Giotto, á quien siendo niño sacó del oficio de cabrero y llevó generosamente á su casa, penetrando sus admirables disposiciones para la pintura y dándose por rival y por sucesor á uno de

los hombres que mas debian contribuir al adelanto de las artes.

Giotto casi toca ya á la era moderna, pues algunas de sus obras no solo no desmerecen en la actualidad, sino que dificilmente podrian ser imitadas. Fué arquitecto, escultor y pintor, y en los tres conceptos, sobre todo en el primero y en el último, ha inmortalizado su nombre. La torre contigua á la catedral de Florencia, conocida por el nombre de *Campanglio*, es una obra cuya elegancia, cuyas proporciones, cuya hermosura arrancaron á Carlos V el elogio de que merecia estar colocada sobre el tocador de una dama. Los mosaicos de Giotto, que se admiran en Nápoles y en San Pedro de Roma, se hallan descriptos en infinitas obras, familiares hoy á todos los que viajan, y esto nos dispensa de detenernos á hablar de ellas; pero es digno de mencionar que á Giotto debemos los primeros retratos de que haga mencion la historia, y que entre ellos ha legado á la posteridad el de la colosal figura del Dante, de quien era amigo y admirador.

Hemos visto hace poco los pintores degradados y confundidos entre las mas humildes clases de menestrales; la gloria de Giotto los levanta y engrandece, pues los pontífices y los reyes solicitan al artista y se disputan su persona, y Clemente V, Roberto, rey de Nápoles y Gran can della Scala, señor de Verona, lo llaman á sus respectivas cortes, ansiosos de poseer obras del artista florentino.

El primer monumento artístico del renacimiento que merece fijar la atencion y el estudio de los aficionados, es el Campo Santo de Pisa, composicion vasta, sabia, profunda, de la que los mas grandes maestros han sacado inspiraciones reproducidas en sus inmortales obras. El Campo Santo de Pisa es un cuadrilongo amurallado, construido en los mejores tiempos de la República y destinado á proporcionar á sus ciudadanos el consuelo, muy apetecido en aquellos siglos de piedad, de ser enterrados en tierra traída de Palestina en las galeras de la República por los cruzados que fueron á la conquista de Jerusalem. Alrededor del cementerio hay un claustro abierto, en cuyas paredes y en las de diferentes capillas construidas en el recinto, se conservan cuatro grandes frescos pintados por Giotto, Buffamoleo, Simon Memmi y los Orcañas. Uno representa la adoracion de la Virgen cubriendo con su manto la multitud arrodillada que implora su protectora intercesion; multitud entre la que se ven figurar testas coronadas, nobles y plebeyos, todas las clases confundidas en un comun sentimiento de terror y de esperanza. Otro representa el juicio final y en él se ven figurar entre los condenados, Papas, obispos y frailes; licencia que no se habria permitido ningun pintor en siglos posteriores. Los otros dos frescos tienen por asunto el paraíso y el infierno, y en todos ellos respira la ansiedad, la angustia, la devocion que dominaban generaciones nacidas y criadas en medio de las desolaciones políticas, por la trabajosa elaboracion de una sociedad que se forma sobre ruinas, sino por una serie de calamidades que no permitian al hombre separar su mente de la idea de que se hallaba bajo la cólera de Dios, pues del siglo xi al xiv, hambres continuas, epidemias y guerras desoladoras affligian á Europa, y á Italia en particular.

Los frescos del Campo Santo de Pisa reflejan en gran parte las alegorias y las grandes imágenes del poema de Dante, obra, cuyo inmenso influjo sobre sus contemporáneos, debe principalmente atribuirse á haber sido la expresion de las creencias, de las pasiones y de la ortodoxia de una generacion imbuida de un espíritu místico y de ideas espiritualistas.

La pequeña y turbulenta República de Pisa sucumbió muy á principios del siglo xv á las armas de su rival Florencia, y esta tuvo á honor el glorificar su

triumfo, estendiendo y engrandeciendo el mas generoso patrocinio en favor de las bellas artes. Andrés Orcaña, discípulo de Andrés de Pisa, y que como Giotto fué arquitecto, escultor y pintor, entró de lleno y resueltamente en el estudio de la antigüedad, y su ensayo en este género alcanzó á toda la gallardía y magestad de una obra maestra. La *loggia dei Lanzi*, modelo del pórtico con que se propuso adornar la plaza de la *señoría*, el foso de los florentinos, aunque quedó en proyecto, pues solo ejecutó un trozo compuesto de tres bóvedas, es una elegantísima y graciosa obra, digna de las mejores construcciones romanas y que emancipó á la arquitectura de la timidez y de las imperfecciones de que hasta entonces habian adolecido las obras del renacimiento.

El espíritu religioso de la edad media habia decaído considerablemente desde antes de que comenzase el siglo xv; las costumbres le habian afeminado y corrompido en extremo, el reinado de la materia que el cristianismo habia como destronado, levantaba de nuevo su orgullosa cabeza y avasallaba al alto clero y á la nobleza; todo esto suponía el influjo de la literatura y de las artes del paganismo, á cuya aficion vino á dar impulso el haberse refugiado á Italia multitud de literatos y de sabios fugitivos de Constantinopla, recién tomada por los turcos. Se hizo moda buscar manuscritos antiguos, desenterrar estatuas, mausoleos é inscripciones paganas, y la familia de los Médicis que aunque simples particulares todavía, dominaban en Florencia, se declararon abiertamente protectores de las letras y de las artes, y emplearon los fondos públicos y además sus cuantiosas riquezas en favorecer á los literatos y á sus empresas.

A imitacion de lo que sucedió en Florencia, las Repúblicas vecinas, así como los señores ó tiranos que por entonces dominaban la mayor parte de las ciudades de Italia, que no eran municipalidades libres, se estimularon y favorecieron el movimiento de la época, ansiosos todos de hermanar sus capitales y residencias con monumentos, edificios y obras que ensalzasen su gloria y perpetuasen su memoria.

De esta manera entró la Europa en pleno renacimiento, y como sucede cuando una idea se apodera de una generacion, se hizo completamente moda fomentar y favorecer las tareas artísticas; y labriegos y habitantes urbanos, se dedicaron en Italia á descubrir estatuas y antigüedades que los señores y los ricos pagaban con profusion, como nos cuenta en sus Memorias Benvenuto Cellini, que supo utilizar el mismo la pasion dominante de su tiempo, comprando á vil precio á la gente del campo los vestigios antiguos que vendia. Con esta tendencia de los ánimos, la formacion del buen gusto, acelerado por el estudio de la antigüedad, el estímulo que á la aplicacion y al génio daban la perspectiva de gloria y de bienestar, abierta ante los artistas, precipitaron sus adelantos de una manera tan pasmosa, que mayores progresos hacia la escultura, la arquitectura, la pintura en diez años, al comenzar el siglo xv, que habia logrado realizar en los dos siglos precedentes. De Cimabue y del Giotto á Domingo Guirlandico y al Versochio, solo median cien años escasos, y ya las producciones de estos últimos artistas, manifiestan algunas de las calidades que han de immortalizar á Rafael y á Leandro Vinci, que se forman en sus talleres ó en los de pintores contemporáneos de aquellos dos célebres florentinos. Y es tanto y tan exhuberante el vigor de génio, de inspiracion de aquellas generaciones, tan fecundo su saber artístico, que todos los discípulos de Orcogna, de Giotto, de Girlandico, son á la vez no solo pintores sino arquitectos y escultores, muy superiores en esto á los mas eminentes de los artistas de otra época, que no solo no se atreven á abrazar mas de un ramo, sino que todavía en él suelen limitarse á un gé-

nero, á una especialidad, á fin de mejor conseguir la excelencia del arte, á la que vemos llegaban casi sin esfuerzo y como natural consecuencia de su educacion, los autores del siglo xv, que á la vez delineaban los planos del palacio de la Farnesina y pintaban la transfiguracion, como Rafael ó como el Duonarzotti concebían colocar en los aires, dándoselo por cúpula á San Pedro el panteon de Agrippa, y al mismo tiempo pintaban los frescos de la capilla Sixtina. Débese atribuir la causa determinante de semejante exhuberacion del génio artístico al estado social de Italia, peculiar á la época á que nos referimos, ó á las instituciones políticas que prevalecían en sus ciudades principales, siendo muy digno de notar, que las dos grandes épocas artísticas del mundo, el siglo de Pericles y el de los Médicis, presentan el fenómeno de haber llegado las artes á su mayor apogeo, á la sombra de municipalidades libres, de pequeñas Repúblicas, de gobiernos aristocráticos rivales, pero limitados á un reducido territorio.

Los críticos modernos al señalar los adelantos científicos del renacimiento, han argumentado sobre si la aplicacion del claro y oscuro en la pintura que comenzó á hacerse entrada el siglo xv, era ó no conocido de los pintores griegos, controversia que no ha arrojado luz bastante para formar acerca de ella una opinion correcta; pero que el buen sentido y la analogia autorizan á fallar en favor de la antigüedad, toda vez que sabemos por testimonios auténticos que las pinturas de Zeuxis engañaban por su perfecta imitacion de la naturaleza á los mismos animales, lo cual no hubiera sido posible si no hubiese poseído la ciencia del claro y oscuro.

De todos modos, esta ciencia, perdida para los modernos, volvió á encontrarse en el siglo xv y contribuyó con la de los adelantos de la arquitectura que supo encontrar las reglas del dibujo lineal, á los rápidos progresos que el arte no cesó de hacer desde entonces.

Tocamos ya casi á la época clásica que abre con Leonardo Vinci, Rafael y Miguel Angel el periodo brillante y glorioso del renacimiento, ó por mejor decir, de la era moderna del arte. Hablar de las obras de estos grandes hombres, obligaria á abrazar la historia de la pintura de una manera menos breve y sumaria que lo que las reducidas dimensiones de este bosquejo han debido imponernos y á estendernos á la esposicion de las diferentes escuelas que han señalado la marcha y desarrollo del arte desde el siglo xvi. En la duda de si un trabajo de esta clase podrá hallar cabida en una publicacion periódica del carácter de aquella á que destinamos este bosquejo, é interin consultando el gusto de sus lectores, vemos si nos será lícito presentarles la historia del arte en sus periodos por medio de una serie de artículos que reunidos formen un todo armónico é instructivo, limitaremos el presente ensayo á los tiempos que precedieron las grandes escuelas, á la época y á los artistas que prepararon y formaron el gusto y la educacion del Rophad y del Duonarzotti. Cabalmente dicha época es lo menos conocida del público y lo que con mayor fruto debe estudiarse para llegar al conocimiento y á la comprension de las obras de aquellos grandes hombres, pues seria un error pueril, creer que Rophad y sus émulos improvisaran los conocimientos que sus pinturas revelan y crearan ellos exclusivamente las bellezas que admiramos en su pincel.

Ilustres predecesores suyos les facilitaron el camino y los condujeron como por la mano á las puertas del templo de la gloria.

De estos hombres no hemos hablado aun, habiéndolos detenido en el Giotto y en los Orcognos, y á darlos á conocer, dedicaremos la última parte del presente bosquejo, cuya ulterior prosecucion ha de depender de las consideraciones que dejamos indicadas.

ANDRÉS BORRERO.

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

I.

Natural y llana cosa es que la critica moderna desentrañe las perdidas memorias de los antiguos escritores españoles, porque á mas de ser este difícil trabajo racional y justo tributo pagado á los merecimientos de aquellos, sirve á los nuevos cultivadores de las letras de estimulo y no escasa recompensa á sus tareas futuras que la merezcan. Si el pasado de un pueblo presta valor y enseña heroismo á las generaciones que en el mismo se suceden, con tanto motivo y por la razon propia la historia de una literatura, cuando tiene páginas de oro como la española, dan bríos al escritor y levanta su imaginacion cada vez que la recuerda; y este mismo panegirico, esta apoteosis brillante del ingenio de otros dias, prometen y aseguran al de los nuestros el premio de que se hiciere digno.

A este fin han ido encaminados á no dudarlos cuantos estudios biográficos y bibliográficos se han hecho de las obras y los autores ilustres de nuestra patria desde treinta ó mas años hasta la fecha. Las publicaciones periódicas literarias, las reimpresiones de libros casi oxidados por lo raro de sus ediciones primitivas y la grande y monumental compilacion de autores españoles hecha por Rivadeneira, han levantado del suelo del olvido tantos nombres desconocidos de la multitud iliterata y aun de la mayoría de los hombres de letras, que sin reserva puede decirse que se ha triplicado el ya largo catálogo de nuestros poetas y escritores de los últimos pasados siglos. El espíritu de la época, encarnado en la literatura mas que en ningun otro ramo de la inteligencia, se apoderó desde principios de esta centuria, ó mas bien desde fines de la anterior, de los esparcidos retazos de la historia literaria española, y en vez de contentarse con amontonarlos confundiéndolos, emprendió la árdua tarea de unirlos, de clasificarlos, de coserlos, si es lícita la frase, formando paulatinamente el completo y armonioso tejido de nuestras memorias biográficas y bibliográficas. Desde D. Nicolás Antonio, hasta el erudito norte-americano Ticknor, multitud de escritores españoles y extranjeros han trazado los cuadros mas hermosos de nuestra antigua literatura, y no poco deben los poetas nacionales del siglo de oro á Mayans y Siscar, Moratin (D. Leandro), Viardot, Navarrete, Sismondi, Hartzenbusch, Mesonero Romanos, La Barrera y otros muchos, cuyas investigaciones han arrojado tanta luz sobre las vidas y los escritos de aquellos vates.

Pero no basta á su memoria un artículo inserto en el prólogo de las obras reimpresas ó en un semanario ilustrado; no es suficiente el que un crítico revolviendo durante un año manuscritos y documentos fehacientes dé á luz noticias y trozos selectos de un escritor olvidado, para que el nombre de este se haga popular, y adquiera la fama que merece. Preciso es á fin de que llegue á noticia de todos, y de que todos lo sepan y nadie lo olvide, que al biógrafo ó colector que tome á su cargo la tarea de reverdecir los laureles marchitos de tantos poetas y tantos hombres ilustres, sucedan otro y otros, que publicando nuevas alabanzas, y añadiendo, si es posible, datos á los ya conocidos, logran hacer familiar y como de casa al autor cuyos elogios vulgarizan y publican. Si la historia no se encargase de reproducir cien veces y bajo diversas formas los mismos teatros y los mismos nombres, el conocimiento de los tiempos antiguos se limitaria estraordinariamente, y solo podrian hablar de Floridablanca y Pedro el Cruel, los hombres mas estudiosos de España. Si para pregonar las excelencias de una mercancía, da á la prensa el vendedor multitud de anuncios que al fin la popularizan, ¿por qué, para que no vuelva á caer en

el olvido una obra digna de fama y su autor mismo, no han de repetirse los pregones de su renombre?

Esta consideracion nos mueve á dar aquí algunas noticias de la vida y escritos de Luis Velez de Guevara, célebre en sus tiempos y amigo de los mejores poetas del siglo de Felipe IV, por su erudicion, por su gracejo en el decir, por su fecundidad para el teatro, por sus brillantes disposiciones para el foro, y sobre todo por su *Diablo Cojuelo*.

Luis Velez de Guevara, nació en Ecija en enero de 1570, segun alguno de sus biógrafos, ó en 1574, segun otros, si bien hay motivos para creer mas fundada la primera fecha que la segunda. Habiendo cursado jurisprudencia desde muy jóven en la Universidad de Sevilla, sintiéndose con brios para hacerse lugar en la corte, vino á ella con mas caudal de ciencia que de dinero. Pocos debian ser los años que contase de su vida cuando entró en Madrid, pues al marchar en 1560 la corte á Valladolid ya habia adquirido fama y apareció en su profesion de abogado, y habia conseguido la honra de ser el secretario del conde de Saldaña.

Debió principiar su carrera literaria en Valladolid, durante los cinco años de su permanencia en aquella ciudad, pues no volvió á Madrid sino cuando Felipe III determinó trasladarse nuevamente á esta villa. Testimonio de sus primeros trabajos literarios es una comedia que existe manuscrita en la biblioteca del duque de Osuna, titulada *La Serrana de la Vera*, y está fechada en Valladolid, á 1603.

Como no hemos tenido ocasion de ver esta mas antigua muestra del ingenio de Velez de Guevara, y como por otra parte no conocemos la marcha progresiva ni la cronología de sus escritos, no podemos fijar de una manera clara sus adelantos literarios. Grandes debieron ser y rapidísimos cuando ya en 1614 era alabado por Cervantes en los siguientes tercetos de *El viage al Parnaso*:

«Este que es escogido entre millares,
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que se puede llamar *quita pesares*.
Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso el peregrino
Ingénio, si un Graton nos pinta ó un Davo.
(Capítulo II.)

Topé á Luis Velez, lustre y alegría
Y diraccion del trato cortesano
Y abracéle en la calle á medio día.
(Capítulo VII.)

En 1608 habia publicado un *Elogio del juramento al principe D. Felipe*, en ciento treinta y dos octavas, obra que no hemos podido haber á las manos, y que debió contribuir no poco á su gloria literaria. Tal vez este elogio le hizo mas popular en la corte y mas querido de Felipe IV, que la anécdota que de él se refiere con bastante, apariencia, de apócrifa. No queremos, sin embargo suprimirla por el favor que la da D. Joaquin Maria Ferrer, en su prólogo al *Diablo Cojuelo*, edicion de 1828.

Defendia Velez de Guevara á un gran criminal ante el numeroso auditorio que siempre acudia á admirar su elocuencia, y á solazarse con sus festivas y oportunas agudezas. Era tan mala la causa porque abogaba, y tan comprometida la defensa de su cliente, que resolvió apelar á los recursos de su gracejo para interesar en favor del reo á los jueces; al efecto, y en medio de la gravedad de su peroracion, y cuando todos escuchaban con religioso silencio las razones de la defensa, dijo un chiste tan oportuno y de tan buen gusto, que el tribunal no pudo menos de pronunciar una sentencia favorable al reo escitado como estaba á la mas franca hilaridad por las palabras del defensor. Apeló el fiscal de esta sentencia, que fué revocada é impuesta la de pena

capital al acusado, y la de una multa de consideracion á Velez, por el poco respeto habido con el tribunal; pero entonces nuestro ingenioso jurisconsulto entabló demanda contra el fiscal y los jueces, haciéndose tan ruidoso el negocio que llegó á oídos del rey Felipe IV, quien manifestó deseos de entender en la causa. Llamado Guevara á presencia del monarca, tomó la ocasion por los cabellos, y haciendo gala de su carácter festivo, relató á D. Felipe el suceso y curso de los autos con tanta gracia y tanta copia de chistes, que el rey hubo de invitar al primer tribunal y de hacer que se conmutara la pena de muerte impuesta al reo en la de presidio que pretendia el defensor, y la multa de este en su real é inacabable amistad.

No negaremos esta aventura tan propia del carácter de nuestro poeta, si bien creemos que, á ser cierta, debió acontecer despues del conocimiento de Velez de Guevara con Felipe IV, que sospechamos fuese anterior á 1621, época de su advenimiento al trono. Sabido es que este monarca desde bien jóven se honraba con la amistad de los ingenios de su época, contándose con bastante justicia entre ellos Velez de Guevara que desde 1603 escribia comedias; que cuatro años antes, cuando menos, estaba en la corte y figuraba en ella, siendo designado por Pellicer en sus *Avisos históricos por uno de los mejores cortesanos de España*; que ya en 1614 era muy celebrado por Cervantes, quien le apellidaba *quita pesares*; que finalmente estuvo siendo uger bastantes años antes de su muerte, no hubiera pasado desapercibido para Felipe IV hasta la anécdota del reo sentenciado á muerte. En 1621 contaba Velez de Guevara cincuenta y un años, y la edad debia ya haber modificado su carácter, haciéndole mas respetuoso con los tribunales, á mas de que la travesura que se le atribuye es mas propia del abogado que á todo trance desea adquirir fama que del experimentado jurisconsulto que ha ejercido largos años su profesion. A ser positivo el caso que de él se refiere, ó debió tener lugar en tiempo de Felipe III, lo que no es creible, atendidas la gravedad y espíritu meticoloso de este monarca, ó cuando ya Guevara era conocido, reputado y famoso entre los poetas, de los cuales formaba parte siendo muy protegido por Felipe IV Lope de Vega, quien no hubiese dejado de hacérsele conocer al anónimo *ingénio de la corte*, como se nombraba el rey-poeta.

Mas sea de ello lo que quiera, es el caso que Velez alcanzó una gran amistad con el principe, y que este le eligió para su profesor, ayuda ó guia en los trabajos dramáticos que para distraer sus continuos ócios emprendia. Nada, pues, tiene de particular que algunos de los felices rasgos hallados en las obras del real ingenio pertenezcan de hecho al poeta ecijano, opinion que pretende con noble sentimiento destruir en su *Bosquejo histórico sobre la novela española*, el jóven escritor don Eustaquio Fernandez Navarrete.

No olvida esta circunstancia de haber sido Velez el consejero del rey en materias literarias el Sr. Mesonero Romanos, al hablar de los dramáticos contemporáneos á Lope de Vega en el tomo xlv de la *Coleccion de autores españoles*, de Rivadeneira; pero sus palabras dan á entender que desconfia de la verdad de aquella noticia biográfica. Como los datos para juzgar con acierto en este asunto son oscuros, á mas de escasos, no insistiremos en averiguar lo positivo, seguros de no hallar motivo en que fundarnos. Pero nos atreveremos á deducir consecuencias que hacen verosímil y lógico lo que al elegante y concienzudo académico parece tal vez falso ó aventurado.

Entre los amigos poetas de Felipe IV los mas privilegiados, los de mas confianza, por decirlo así, fueron Calderon, Villamediana, Moreto y Velez de Guevara. Lope de Vega, anterior á estos, y superior á todos en fecundidad y empuje, era mas bien que el amigo del

poeta, el protegido del rey, como ya hemos apuntado; así que no consta que asistiese como sus otros compañeros mas jóvenes á aquellas academias libres, á aquellos saraos privados del Buen Retiro, en que se improvisaban comedias muy ajustadas á la recta moral y los buenos principios, de que á los cincuenta y nueve años hacia gala el asendereado y desengañado Lope. Por esta razon, el príncipe niño al lado del Fénix de los ingenios, frívolo de carácter y apático por escelencia, no habria escogido para preceptor literario al hombre que en la mitad de su vida, y con una actividad sin ejemplo escribió mil ochocientas comedias. Tampoco el rey pudo aceptar como maestro, á su correo mayor el marqués de Villamediana, pues la elevacion social de este, sus miras ambiciosas y su carácter burlon, le daban cierta superioridad de ingenio y travesura sobre el monarca, que impedirian á este confiarse del todo al infortunado caballero. Calderon, de poca mas edad que el rey, pudo tener mas elementos que los anteriores para constituirse en mentor literario de S. M.; pero era demasiado profunda su filosofía, muy intencionada la expresion de sus versos, y tenia un destino mas elevado que cumplir junto al príncipe para que sospechemos que empleó su ingenio en aconsejarle. Moreto de quien apenas quedan unas cuantas noticias biográficas sin interés, tendria escasamente la edad de Felipe IV, y no es de seguro á este poeta menos cursado si mas grande que Velez de Guevara á quien consultaria el galante monarca. Déjesenos, pues, sospechar, que el abogado-poeta, el discreto cortesano, como le llama Cervantes, el jovial ugiar de S. M. D. Felipe IV, fué la norma del ingenio de la corte, sus obras modelos de los de este, y quizá el retocador de algunas de ellas.

Muévenos tambien á juzgar así el conocimiento de los caracteres de ambos, maestro y discípulo, y hasta la semejanza entre los escritos del monarca y de su ugiar. Este, salido de una noble pobreza, y elevado por su talento hasta la intimidad del monarca; sin haber abandonado la corte para acudir como casi todos los poetas de su tiempo, al claustro ó al ejército; seglar, y como tal, libre de los compromisos que la Iglesia creó á Lope, Calderon, Moreto, Tellez y tantos otros escritores de aquella época; no habiéndose mezclado, á lo que parece, en los trastornos de la política, como Quevedo y Argensola, y reuniendo las dotes de caballero galante y buen cortesano, que por entonces eran la frivolidad y á veces la desvergüenza, podia mas que otro alguno avenirse con Felipe, uno de los reyes mas superficiales, por lo galante, de todas las monarquias.

Otra circunstancia pudo existir que en cierto modo estrechara las relaciones del príncipe con Velez de Guevara.

Dicen los biógrafos de este poeta, que, á pesar del carácter suave, afable y caritativo que le distinguia; á pesar de sus buenas prendas como caballero, como poeta y como jurisconsulto, tuvo como hombre no pocas debilidades, cuya causa se achaca á su estremada pasion al bello sexo. Refiérense de él multitud de anécdotas y dichos agudos, que con este motivo y por ser especiales, han pasado á hacerse muy populares: ni la edad ni las enfermedades, dice el Sr. Mesonero Romanos, pudieron corregirle jamás de su pasion.

Sin embargo, y aun suponiendo verdaderas todas las aventuras amorosas en que se le cree protagonista, sus afecciones ilícitas no le privaron de consagrarse con amor á la familia. Casó muy joven con doña Ursula Bravo de Laguna, de quien tuvo á su hijo D. Juan Crisóstomo, poeta como él, y como él abogado, el que en esta carrera llegó á ser oidor de la Audiencia de Sevilla.

Viudo de su primera mujer, contrajo segundas nupcias con doña Maria de Palacios, que le sobrevivió, y con la cual no consta que tuviese sucesion.

El haber sido educado su hijo D. Juan en las mas ri-

gorosas prácticas de la religion, el haber imitado el joven Guevara á su padre en las dos profesiones á que estaba consagrado, y sobre todo el haber escrito don Juan de una manera tan ventajosa las alabanzas de su padre, prueban hasta cierto punto que no descuidó el cortesano galante los deberes de esposo y padre y que fué digno de la consideracion de su familia. En un soneto gallardo, tal vez la mejor obra de D. Juan Velez de Guevara, dice este á su padre:

«Luz en que se encendió la vital mia,
De cuya llama soy originado,
Bien que en la vida solo te he imitado,
Que el alma fuera en mi vana porfia;
Si eres el sol de nuestra poesia,
Viva mas que él tu aplauso eternizado,
Y pues un vivir solo es limitado,
No te estreches al término de un dia.
Hoy junta en el delcete la enseñanza
Tu ingenio, á quien el tiempo no consuma,
Pues tambien viene á ser aplauso tuyo,
Y sufra la modestia esta alabanza
A quien, por parecer mas hijo tuyo,
Quisiera ser un rasgo de tu pluma.»

Murió Velez de Guevara á la edad de setenta y cuatro años, jueves 10 de noviembre de 1644, después de una larga y penosa enfermedad de la orina. En los libros de óbitos de la parroquia de San Sebastian de Madrid se lee su partida de defuncion, de la que aparece que al tiempo de su fallecimiento vivia en la calle de las Urosas, con su segunda mujer y con su hijo, que á la sazón servia al duque de Veraguas. Dejó por albaceas á este y á Fr. Justo de los Angeles, aunque Pellicer dice que fueron el duque de Veraguas y el conde de Lémus. Se le hicieron solemnes honras en la misma iglesia, «con la propia grandeza, dicen los *Avisos históricos*, que si fuera titulo, asistiendo cuantos grandes señores y caballeros habia en la corte.» Compusieronse á su muerte y á su ingenio muchos epitafios, que debieron imprimirse, como los de Lope y Montalvan, pero que, si acaso, no han llegado hasta nosotros.

Fué depositado su cuerpo en el monasterio de doña Maria de Aragon, en la capilla de los duques de Veraguas, haciéndosele por sus méritos esta honra, como dice Pellicer. No puede, pues, quedarnos duda de la alta estimacion en que era tenido este insigne poeta. Sus contemporáneos, al contrario de lo que comunmente acontece, le hicieron mas justicia que los criticos que le sucedieron. Hace pocos años muy escaso era el número de literatos que conocia á Luis Velez de Guevara como autor de *El Diablo Cojuelo* y de *Mas pesa el rey que la sangre*. El Sr. Lista decia de Velez hacia 1834 que le parecia que podia colocarse entre Lope de Vega y el primer dramático del siglo XVII. Esto en cuanto á la época, y en cuanto al mérito solo se le concedia de cierta especie.

Vamos á probar que no carecia nuestro poeta de recomendables y aun superiores cualidades literarias.

FEDERICO VILLALVA.

EL PAUPERISMO EN ESPAÑA.

En los primeros tiempos del mundo el pauperismo no existia; porque todos los hombres se encontraban dueños al nacer de tanta tierra cuanta querian apropiarse y podian cultivar; pero aquella época terminó pronto, porque la ambicion y la ley de la fuerza empezó á proteger á unos hombres con notable detrimento y vejamen de otros. Los terrenos desiertos se hicieron fácil

patrimonio de los caudillos mas audaces. La Sagrada Escritura nos dice: que Hembrod fué el primero que se apoderó á viva fuerza de terrenos acotados, ya por los habitantes de Babilonia, Arach, Achad y Chalanna; San Agustin añade que al darle la Escritura el sobrenombre de *cazador violento*, quiere indicar que era un usurpador injusto. En las diferentes fases que ha tenido despues el mundo, los atropellos del hijo de Cam se han reproducido sin interrupcion bajo el poder de los Faraones, de los Augustos, de los Césares y de los señores feudales.

Por cualquier punto que abramos la historia encontramos las denominaciones de *señor y siervo*; es decir, el que tiene veinte veces mas de lo que necesita para vivir con abundancia, y el que apenas posee tierra que cultivar, pan con que alimentarse, ropas con que sustraerse del rigor de las estaciones. Cuando un magnate de la edad media conquistaba un dominio ó territorio inculto, en vez de repartirlo entre familias menesterosas, lo constituian féudos, poblándolos con un insignificante número de siervos que tenian por jefe otro señor que podia disponer á su alvedrio de sus vidas y haciendas. Unamos á esta injusta division de la propiedad, las guerras interminables que han tenido lugar en la Península desde la invansion de los Fenicios hasta nuestros dias, y veremos que el *pauperismo* antiguo tenia dos poderosas fuentes que envenenaban sus heridas y aumentaban imprescindiblemente su desgraciado poder.

Se descubrió luego el nuevo mundo, y lo que en un principio produjo tantas satisfacciones á España, debia ser mas tarde una nueva causa de nuestra miseria y atraso. ¿Para qué querian los españoles entregarse al trabajoso cultivo de sus campos si podian enriquecerse con tanta facilidad en las grandes Antillas? La agricultura volvió pues á decaer como las artes é industria, y cuando los españoles quisieron acordarse de su país, lo encontraron despoblado, inculto é inferior en civilizacion á las naciones que antes adoptaban con empeño sus conocimientos en la mayor parte de los ramos que abraza el saber humano.

Los gobiernos que se han sucedido de un siglo á esta parte con tanta rapidéz, no pudieron ver, sin embargo, las grandes proporciones que iba tomando la mendicidad, sin apresurarse á combatirla con los medios que creyeron mas oportunos. Una de las primeras medidas fué abrir escuelas gratuitas para los niños pobres, esta determinacion, como ley del Estado, fué el primer paso de la emancipacion de las inteligencias, el precursor de una era de prosperidad y de adelantos, ¿pero cómo podian dedicarse al cultivo de la inteligencia los que carecian de pan y de asilo? Para evitar este escollo natural, se crearon las casas de beneficencia; pero no encontramos en ellas, en general, mas que fragmentos de unas familias que si estuvieran unidas podrian trabajar con mas provecho y utilidad general; niños, ancianos, decrepitos ó enfermizos; y la generacion intermedia entre el abuelo y el nieto, ¿dónde se encuentra? entregada á la vagancia con menoscabo de la leyes y decretos que la prohibe y persigue. Esta segunda generacion, que se esconde á veces bajo el pretexto de industrias dudosas y problemáticas, sostiene el *pauperismo*.

Hay fundamento para creer que se ha confundido los verdaderos mendigos, y lo son todos aquellos que por su edad y constitucion tienen que arrojar en brazos de la caridad publica, con los vagos que pudiendo trabajar aparentan no poder ó se niegan abiertamente á ello; nos lo prueba el que los asilos reciban en su seno á todos los pobres de solemnidad que se presentan, sin examinar detenidamente su edad y constitucion, ó ya el que se abandonen á la caridad pública esas numerosas familias que recorren la Península. Tan injusto sería que los gobiernos negasen un asilo seguro y cómodo á los ancianos y enfermos, como el que obligáran á las provincias á mantener mendigos que pudiesen trabajar en circunstancias dadas; se nos dirá que se han abierto talleres para enseñarles un oficio honroso; pero la experiencia nos demuestra que este medio no ha sido eficaz; diremos por qué é indicaremos al mismo tiempo uno de los medios que creemos podrian terminar con el *pauperismo* en España.

En primer lugar, ¿cómo acostumbrar á un pueblo errante, cuyos dominios son el sol, el aire y el cuadro de los campos á una vida sedentaria y normal? Los mendigos empezaron por no ver en los asilos mas que unas prisiones desfiguradas y prefirieron su vida libre de los caminos á las comodidades que los gobiernos les ofrecian. Antes la policia solo perseguia á los malhechores, pero ahora es menester una policia que se ocupe en perseguir mendigos; de aquí que las provincias inviertan una parte muy considerable de sus presupuestos en obsequio de la mendicidad, y que el *pauperismo* lejos de disminuirse se aumente con una rapidéz sombría.

El grito de libertad ahoga en el mendigo todo género de reflexion prudente y por el contrario, mira como una tirania el que le priven de su antigua vida, de su facultad de pedir en nombre de Dios una parte insignificante de la fortuna pública. Por otra parte, sabe que en un asilo no ha de hacer fortuna, que ha de ser siempre pobre y despreciado y no quiere cambiar todos los *goces* de la vagancia por una sopa y por un vestido que con menos regularidad se proporciona él sin el apoyo de los gobiernos.

Estas ideas son falsas y perniciosas, pero no creemos que podrian cambiarse sino empleando medios completamente distintos. Por ejemplo, si en vez de las cuatro paredes de un asilo se pusiera á su disposicion los estensos y fértiles realengos y baldíos que existen en España, y se les dijera: «Se os dá esta tierra para que a cultiveis y os creéis una propiedad para vosotros y vuestros hijos; para conseguirlo se os dará en granos, aperos y ganados lo que hoy se os dá en alimento y vestido,» creemos con harto fundamento que lejos de huir se apresurarian á adoptar y secundar los deseos del gobierno.

¿De qué sirven todas esas tierras incultas? ¿Qué rentas producen al Estado? En vez de dejarlas sin cultivo de ninguna clase, ¿no sería mas digno de las miras de todo gobierno economista y justo el que se alimentasen familias menesterosas donde hoy se apacentan ganados? ¿Que se construyeran aldeas (aunque estas fuesen en un principio de madera, como se hace en los

Estado-Unidos) donde hoy se albergan corzos y jabalíes?

Que se establezcan colonias de familias menesterosas, sin aumentar en nada el presupuesto de beneficencia de cada provincia; que se establezcan con la condición de que cada pobre adquirirá el derecho de poseer y ceder á sus hijos la tierra que roture; que cada colonia reintegre por partes proporcionales y con relación á la prosperidad en que se halle á las provincias que han contribuido á su formación; que se haga un reglamento especial para estas colonias; que se pongan al frente de ellas ingenieros agrícolas que dirijan de una manera eficaz los trabajos rurales, y por último, que se castigue de una manera enérgica á todo aquel que sin una causa justa se separe de la sección rural en que se halle inscrito.

Obrando de este modo se conseguiría, terminar en España con el *pauperismo*, poblar y cultivar una gran parte de la Península que ha sido reconocida ya en varias ocasiones por ingenieros que la encontraron aparente para el cultivo de toda especie de cereales; hacer reproductivo ese capital que se emplea todos los años para mantener á los pobres, y aumentar para siempre el presupuesto de ingresos.

Concluyo: La mayor parte de las naciones de Europa no han podido adoptar este medio por carecer de tierras aparentes, pero el gobierno español se encuentra en el deber de pensar en la colonización de los realengos y baldíos; por otra parte, ¿qué recuerdo tan glorioso no dejaría aquel que consiguiera ver en ellos felices y ricas esas numerosas familias que recorren la Península llenando á sus habitantes de desconsuelo! Ya que no tenemos manufacturas que mantengan al pueblo pobre y desgraciado, entreguémosle en brazos de la agricultura: de ella nace la prosperidad de los grandes Estados y las costumbres sanas y virtuosas de sus habitantes.

EMILIO DE MOZO ROSALES.

LA FAMILIA.

I.

Hay una época en la vida, risueña y pura como la inocencia; una época, en que nuestros deseos se ven realizados, y nuestras necesidades satisfechas; una época en que ni el porvenir nos aflige, ni los recuerdos nos atormentan; una época, en fin, durante la cual somos completamente dichosos.

Esa época es la infancia; los días pasan en ella para nosotros, como una débil brisa por las aguas de un lago apacible, dejándonos siempre tranquilos, siempre llenos de sensaciones agradables.

Entonces no analizamos los misterios de la vida, entonces solo brotan flores en los ásperos senderos de un mundo que nos acaricia mentiroso.

En aquella edad la previsora mano de una madre separa los rizados cabellos que caen sobre nuestros ojos, y estampa en nuestra frente el ósculo del amor mas santo. Despertamos como los pájaros en sus nidos á la salida del sol, y como ellos nos dormimos al venir la noche, bajo las alas de nuestro ángel tutelar, de nuestra madre.

Nuestros hermanos nos hacen reír con sus graciosos juegos, ó nos cautivan el ánimo con sencillas narraciones de cuentos fabulosos.

¡Ah!... ¿No recordais? Entonces somos verdaderamente felices, estamos en la infancia y entre la familia.

¡La familia! Sagrado centro de nuestras afecciones y esperanzas, raudal inagotable de consuelos, bálsamo divino para curar las llagas que abren las espinas del dolor en nuestro pecho.

Tenemos familia, podemos reclinar nuestra cabeza abrumada por el cansancio del viaje de la vida en el seno de seres queridos, podemos derramar en sus manos el llanto que ahogaba nuestro corazón, y con ellos compartir nuestras desgracias.

¡Infelices los que no conservais un recuerdo de tan inefables goces! ¡Desventurados los que nunca pisasteis el hogar paterno! ¡Desdichados los que, impelidos por las amargas olas del proceloso mar de las pasiones, no habeis sospechado siquiera la existencia de tan benéficos placeres en la tierra!

II.

Después los años pasaron para no volver jamás. Una ambición seductora brilló en el cielo de nuestro porvenir, y la fatal necesidad, esa madrastra eterna de la inteligencia humana, nos arrancó de los brazos de nuestros padres y hermanos, de nuestros amigos y compañeros de infancia.

¿No recordais los sentimientos que entonces agitaron vuestro corazón?

¿No recordais el beso de despedida, acaso el último, que os dieron los trémulos labios de vuestra madre cuando os separasteis por vez primera de su lado para ir al colegio?

—No seas perezoso, escribe con frecuencia, hijo mío, nos decía, y de sus preñados ojos saltaban lágrimas que humedecían nuestro rostro, que nos laceraban el alma.

¡Oh! ¡La ciencia! ¡Contraste inesplicable! ¡Secar el corazón para fecundar la cabeza, crearse necesidades ilusorias, quiméricas y hasta risibles, y amortiguar, cuando no extinguir, las únicas, verdaderas; las únicas que realmente pudiéramos satisfacer en este mundo!

Pero así lo quería la sociedad. Teníamos que ser hombres y... hombres de provecho. Debíamos estudiar y estudiábamos. Mas la ciencia, con todo su brillante aparato, con todo su lujo, permitásenos la frase, con todo su poder, no era suficiente á devolvernos la felicidad que nos había robado. En sus mas recónditos secretos, en sus mas prodigiosos y atrevidos inventos, nos producía admiración, entusiasmo; pero nunca ese placer, nunca ese sentimiento del goce que nos proporcionaba la vista de nuestra madre, de nuestra familia, de nuestros conocidos, de cualquier objeto, en fin, testigo de nuestra infancia.

Observar si no en este siglo de civilización y cultura, en este siglo de verdaderos adelantos científicos, cuál es el estado de la familia. Apenas existe tal cual la hemos descrito, especialmente en los grandes centros de población, en esas estensas ciudades en que los hombres de hoy viven como las aves de paso, sin acordarse del ayer ni del mañana. Ese bello hilo de oro, que enlazaba las generaciones unas á otras con todas sus preocupaciones y creencias, con todos sus usos y costumbres está á punto de romperse, mejor dicho, está ya roto. Hijos que abandonan sus hogares, padres que abandonan á su esposa é hijos, hermanos que desconocen á sus hermanos, hé aquí el lastimoso cuadro que ofrece á la mirada del hombre pensador la familia de nuestros días.

En este siglo todo se plantea bajo el sistema utilitario, hasta las artes y las industrias conspiran á la rui-

na de tan sagrados lazos. Economía y belleza son la base de nuestras producciones. Poco importa que su duración sea corta, que no pase más allá de nosotros, las generaciones futuras producirán para sí. No busqueis ya en la construcción de los edificios, esa solidez que desafiaba los rigores del tiempo, y que admiramos con asombro en las obras de nuestros mayores. No busqueis en la industria actual aquellos magníficos tejidos de seda, que pasaban intactos de siglo a siglo, cada vez más fuertes, cada vez más vistosos.

El hilo de la tradición se ha roto, el vínculo de la familia no existe, los placeres del sentimiento apenas se conocen.

¿Será que la dicha del hombre guarde ó esté en graduación relativa con la mayor ó menor suma de conocimientos que le adornen?

Pero entonces los pueblos salvajes, sumidos en la más crasa ignorancia, y entregados á los brutales excesos de más estúpida barbarie, serían los únicos felices, serían el objeto, la sola aspiración en que deberían reasumirse todos los esfuerzos de la ciencia. El problema filosófico estaría resuelto, la misión del sabio cumplida, el progreso de la humanidad terminado en el punto de que partió, es decir, en la oscuridad, en la ignorancia.

Pero entonces el pensamiento humano se hallaría sujeto á una ley general que le marcara la plenitud y el límite de su progresividad, de sus movimientos; sería una parte del absoluto subordinada á la fatalidad, sería una injusticia del Creador, sería un absurdo inadmisible.

¿Acaso será que la absorción de los afectos individuales en un comunismo humanitario pretenda reproducir bajo formas más estables, nuevos sentimientos y nuevos goces que reemplacen ventajosamente á los de la familia?

¿Pero cómo sería esto posible? Matad el sentimiento en el individuo, y lo matareis en la sociedad. ¿Si arrancais ó cortais las flores de cada una de las plantas de un jardín, cómo quereis que el jardín esté florido? *Ex nihilo nihil fit.*

No es tampoco esto. ¡Oh! la degradación del sentimiento, y por consecuencia la depreciación, el desprecio de los vínculos de la familia en nuestros tiempos, reconoce otras causas, otros obstáculos más fáciles de remover. La educación y la instrucción desamornizadas, el demasiado conocimiento de los derechos y la demasiada ignorancia de los deberes sociales, son motivos harto graves y suficientes para producir la inquietud y los desórdenes que con tanta frecuencia turban hoy la dulce paz de los lares domésticos.

Un prelado francés, el arzobispo de Burdeos, ha consignado en una de sus pastorales la siguiente frase: *se puede instruir sin educar, y este es uno de los males de nuestro siglo*; y en efecto, si alguna duda tuviéramos de ello, nos bastaría solo dirigir una ojeada en torno nuestro para convencernos de la veracidad de tal aserto.

Vemos por do quiera talleres, escuelas, academias y liceos abiertos para instruir la juventud, para dárle el conocimiento de su dignidad y sus derechos, haciéndola de este modo proclamarse independiente, porque no hay cosa que más halague al orgullo del hombre que el comprender que se basta á sí mismo, que no necesita para vivir del auxilio de los demás.

La deducción lógica de tal premisa es el egoísmo más refinado é hipócrita, el egoísmo más detestable, porque con ayuda de la instrucción lleva engañadas sus víctimas al suplicio, y se justifica de su crimen ante la sociedad. En tal extremo los lazos de comunidad se relajan, la armonía establecida entre el deber y el derecho se trastorna. Los hijos quieren igualarse en todo á los padres, se creen con las mismas facultades, con la misma autoridad y desoyen sus consejos, y les

desobedecen, y huyen del hogar paterno, y desprecian, destruyéndola, la dicha de la familia.

III.

Pero ved que ya somos hombres; el mundo es nuestro campo de batalla, y la sociedad nos abre sus puertas. Oid:

La turba se alborota, la comedia se suspende un momento y las miradas todas se fijan en el sitio por donde ha de penetrar el desconocido.

Los envidiosos murmuran, los aduladores se adelantan al recibimiento, los poderosos venden protección, los sabios afectan indiferencia, las mujeres bonitas y tontas sonríen, las caprichosas coquetean, y las feas y las mamás verdes acarician mil deliciosas ilusiones.

El héroe pisa ya las tablas del teatro donde se representa la farsa humana.

Su mirada es tranquila, su aspecto sereno. La modestia brilla en su semblante y el deseo y la incertidumbre se retratan en su agitación. Marcha con paso firme á confundirse entre los demás actores, pero á ninguno conoce.—El mundo no le ha bautizado y no sabe su nombre.

Entonces los envidiosos preguntan á los aduladores y estos á los poderosos. Los poderosos preguntan á las jóvenes bonitas y tontas, las jóvenes bonitas y tontas á las caprichosas; las caprichosas á las mamás verdes y estas, que para todo son buenas menos para madres, avanzan impávidas hasta el recién llegado.

—¿Quién eres tú? le dicen con esa fraseología peculiar á la política.

—Yo, contesta el interpelado sorprendido por tan extraña pregunta, yo..... soy yo.

Y las tontas se rien, y los aduladores huyen de su lado, y los envidiosos ladran, y los poderosos bostezan, y las caprichosas juegan con el abanico, y las mamás verdes lloran un desengaño más.

Y el jefe del festín, saliendo de su silencio, en atención á lo grave de las circunstancias, califica de atrevida la pretensión ó de irrisoria, que todo cabe en la sociedad, del joven osado, que penetrara allí siendo oscuro, no teniendo un nombre, y manda á sus criados le arrojen á la calle.

¡Dichoso él si tal consigue! ¡Desgraciado si por el contrario se halla condenado á recorrer círculo por círculo, ola por ola la extensión entera del inundo lago en que se agitan los hombres de la sabiduría, los charlatanes que se llaman sabios, que se han dado descaradamente (Dios sabe por qué medios) un nombre!

Si estamos solos en el mundo, si no hay una mano amiga que en tales horas de prueba sostenga nuestros desatinados pasos, si solo oímos en torno nuestro risas estúpidas, é indecorosas befas, y la sangre nos hierve, el alma se nos quema, y nuestro furor es el de un niño encolerizado por las pesadas chanzas de un adulto, y pensamos nuestra impotencia, y buscamos un apoyo y no le tenemos, recordamos días más felices, los cuidados de la familia, las caricias de nuestros hermanos, los brazos de una madre... y todo nos falta: ¡qué pensamientos tan desconsoladores, qué dudas tan sombrías cruzan por nuestra mente!

¡Desdichados una y mil veces entonces los que nunca pisasteis el hogar paterno, ó habeis voluntariamente renunciado á sus placeres!

¡Ay! entonces conocemos que únicamente en el seno de los seres que constituyen la familia podemos ser felices.

Un hermano, un padre, una madre jamás se cansan de las incomodidades de su hermano, de su hijo.

Pero ¿dónde está la familia? ¿Dónde se hallan tan queridos seres? ¿Dónde se oculta el tesoro de tanta felicidad?

¡Ay! no la tenemos, la hemos perdido para siempre.



El duelo y la tristeza amargarán eternamente el pan de nuestra mesa y la copa de nuestros festines.

El suicidio, ó una maldita perversion moral, serán nuestro único refugio, serán la reprobada expiacion de nuestro crimen.

Educad, pues, á vuestros hijos, padres de familia, para evitarles ese funesto legado que formará la herencia sucesiva de sus descendientes, y no confundais jamás la instruccion con la educacion. Tened presente que esta instruye, pero que aquella no educa.

Y vosotros, hijos, obedeced y oid los consejos de vuestros padres, recordad los hermosos astros de vuestra infancia, pensad que un día sereis tambien jefes de una nueva posteridad y querreis ser queridos y respetados.

¡Ah! Sí, amad á la familia porque su mision es santa, y no busqueis en la sociedad unos goces que jamás pueden ser verdad, que son siempre mentira.

JUAN LUIS ROMERO.

CANTARES.

De una coleccion de *Cantares* que está haciendo nuestro amigo el Sr. D. Ramon de Campoamor, entre-sacamos, y no sin trabajo, puesto que siempre parece el mejor el último, los siguientes.

No se sabe qué admirar mas en todos los de la coleccion, si la forma ó el fondo; si los versos ó los pensamientos.

Creemos que estos *Cantares* están destinados á popularizarse y á regenerar una poesia tan injustamente desdeñada.

La amo tanto á mi pesar,
que, aunque yo vuelva á nacer,
la he de volver á querer,
aunque me vuelva á matar.

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazon,
que si hay juicio no hay pasion,
y si no hay pasion no hay nada.

Está tu imagen que admiro
tan pegada á mi deseo
que, si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

Tu bien es mi gran contento,
tu mal mi mayor sufrir,
pues siento mas tu sentir
que lo que yo mismo siento.

Sin antifaz te veía,
y una vez con él te vi:
sin él no te conocía,
mas con él te conocí.

Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
ó tú te confiesas mal,
ó él te confiesa peor.

Mira que ya el mundo advierte
que al mirarnos de pasada,
tú te pones colorada;
yo pálido cual la muerte.

Aunque esté muerto de cierto
en nombre suyo llamadme,
si no respondo, enterradme,
porque de cierto estoy muerto.

Para divertir su afan
cantaba á su reja un loco:
«unos estamos por poco,
y otros por poco no están.»

Dios que nos crió á los dos
podrá hacer que yo me muera,
pero hacer que no te quiera
Dios podria..... porque es Dios.

Las malas, son esas penas
que sin matar nos maltratan;
las que de un golpe nos matan
¡esas sí que son las buenas!

Que es corto sastre, preveo,
para el hombre la mujer,
pues siempre corta el placer
estrecho para el deseo.

Así en inútil porfía,
pasa esta vida traidora,
yo pidiéndote *que ahora*,
tú diciendo *que otro día*.

Yo no soy como aquel santo
que dió media capa á un pobre,
ten de mi amor todo el manto,
y si te sobra, que sobre.

No engañarias á fé
su fé con tan buenos modos,
si este, y aquel, y ese, y todos,
supieran lo que yo sé.

Cuando las penas ajenas
mido por las penas mías,
¡quién me diera á mí sus penas
para hacer mis alegrías!

Mal hizo, el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto:
todo es corto, ó todo es largo,
y nada nos viene justo.

El tiempo á todos consuela,
solo mi mal acibara,
pues si estoy triste se para,
y si soy dichoso vuela.

Desde que perdí el encanto
de mi primera pasion,

no he entrado en mi corazón
por no morirme de espanto.

Que me vendiste se cuenta;
y añaden para tu daño
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad,
que amo en tí mas la esperanza,
que en otras la realidad.

Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada,
ó te acuerdas demasiado?

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

Menor el tormento fuera
de esta duda en que me muero,
si cual sé lo que no quiero,
lo que yo quiero supiera.

Ni te tengo que pagar,
ni me quedas á deber;
si yo te enseñé á querer,
tú me enseñaste á olvidar.

Mas cerca de mí te siento,
cuanto mas huyo de tí,
pues tu imájen es en mí
sombra de mi pensamiento.

¿Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!...
¿Cómo me ha de conocer
si yo la conozco tanto?...

Corro de aquí para allí
sin que halle mi afán parada,
y no es porque busco nada,
es que ando huyendo de mí.

Marcho á la luz de la luna
de su sombra tan en pos,
que no hacen mas sombra que una,
siendo nuestros cuerpos dos.

La tumba es al lecho igual,
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal,
y en la otra se duerme bien.

RAMON CAMPOAMOR.

CORRESPONDENCIA EXTRANJERA.

Londres 27 de abril.

El Parlamento inglés vuelve á reanudar sus interrumpidas tareas mañana mismo, despues de las vacaciones de las últimas fiestas. Desde que se suspendieron sus sesiones, el estado de la política europea ha empeorado considerablemente. La guerra está pendiente sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles. Las dos potencias, causa del desasosiego general, se hallan armadas, con la mecha encendida y amenazándose reciprocamente sobre las orillas del Mineio. Francia ha completado ya su envío de armas y municiones á Italia para la nueva campaña, y Austria mantiene un ejército en Venecia y el cuadrilátero con el mismo objeto.

El encargado de allegar la chispa al monton de combustibles acumulados en el Continente, parece ser el duque de Módena, colocado en Mántua por el Austria para invadir la Italia en un momento dado y encender la guerra, cuya iniciativa no se atreve á tomar como en 1859. El éxito de este plan, es sin embargo, dudoso. El emperador francés está preparado, y Garibaldi se halla en Turin pronto á tomar las armas. La creencia del gabinete de Viena de que una escuadra inglesa defenderá Venecia contra Italia, es un insulto á lord John Russell y á la nacion inglesa.

Al mismo tiempo crecen las probabilidades de insurreccion simultánea en el Véneto y la Hungria. La patria de Kossuth está unánime, como un solo hombre, en su propósito. Sin cometer excesos ni violencias, ha declarado resueltamente la intencion de no quedar satisfecha con nada menos que con sus antiguas leyes y su separada nacionalidad. El mismo espíritu de resistencia pasiva fomenta en Polonia. Los poloneses están inermes y cubiertos de luto; pero su unidad, su protesta silenciosa y la universalidad de su movimiento, están siendo la admiracion de Europa y han paralizado la accion de una de las potencias mas poderosas y despóticas de nuestros tiempos.

La cuestion romana, lejos de resolverse se complica tambien cada dia mas. El poder temporal está amenazado de muerte. Su sentencia ha sido ya pronunciada en París y Turin. Al mismo tiempo que las Cámaras piamontesas dan por unanimidad el título de rey de Italia á Victor Manuel, el conde de Cavour declara que la ciudad eterna es su legitima capital, y el emperador francés da seguridades secretas á este monarca y á lord John Russell de que evacuará Roma tan luego como la actitud amenazadora del Austria haya dejado de ser un peligro para la Italia.

En presencia de tales hechos, muy ciegos ó muy ignorantes deben ser los que crean todavía en la posibilidad de reconciliar este poder con el nuevo reino reconocido ya oficialmente por la Inglaterra y otras potencias. ¿A qué hacernos ilusiones? ¿Por qué no tener el valor moral de contemplar frente á frente un hecho que el ilustrado obispo de Barcelona ha confesado no ser perjudicial para la Iglesia? ¿Puede salvarse el poder temporal cerrando los ojos para no ver lo que pasa en derredor nuestro? ¿Es ser mal católico respetar la verdad y narrar con imparcialidad lo que uno ve y toca, salvando el dogma y respetando la persona de Su Santidad?

Nada ha perjudicado tanto al clero desde que Carlo-Magno lo dotó del don funesto de gobernar la sociedad civil, como el antagonismo establecido entre el catolicismo y el liberalismo, y la práctica inconveniente de adulterar la historia. Por eso, los verdaderos católicos, incluso Montalembert, han leído con sentimiento la última alocucion del Vaticano, en que se pronuncia en apariencia el divorcio entre el poder temporal y la civilizacion moderna. El argumento mas importante de los

católicos había sido hasta ahora el de que en el catolicismo cabían la libertad, el progreso y las conquistas del espíritu humano. La absurda interpretación que los ultramontanos han dado á esta alocucion, y su ridiculo dilema de «ó liberales ó católicos,» lejos de ser un arma contra la civilizacion, es sin embargo, una confesion palmaria de su derrota. *La Esperanza* al plantearlo, ha prestado torpemente un servicio á la sociedad para la propaganda de la Biblia, y profetizado sin quererlo, que la Europa será protestante, mahometana ó pagana, todo menos católica, dentro de veinte años, puesto que *de seguro* será liberal. Ergo, si el catolicismo es incompatible con el liberalismo, dejó á los ilustrados y liberales lectores de la Crónica que saquen por sí mismos las consecuencias.

Véase hasta dónde puede llegar la estúpida ceguedad de esos escribas y fariseos políticos que á fuerza de hablar de cosas que no entienden, se persuaden á sí mismos que son infalibles, buenos católicos, y que han sido además favorecidos con el don de la doble vista que se nos ha negado á nosotros, pobres pecadores, que no escribimos un sermón cada día ni engañamos al mundo con nuestras profesiones de devotos.

Por fortuna los que tales absurdos dicen, son tan malos católicos como falsos profetas. El catolicismo *no es incompatible* con el liberalismo. La alocucion del Santo Padre no condena, no, los progresos hechos por la divina inteligencia con que ha dotado Dios á su criatura. Su corazón es demasiado paternal, su alma demasiado elevada y su espíritu demasiado ilustrado, para anatematizar los pasos dados hácia adelante en la senda del bien por la humanidad.

Lo que Su Santidad reprueba es lo que en su conciencia y su sabiduría cree perjudicial á la salvacion de las almas; los vicios, los desórdenes morales y las tentativas de la revolucion contra un poder que considera necesario al prestigio de la religion y á su ejercicio independiente. La interpretacion que se ha dado á su alocucion, es por lo tanto, en mi opinion, errónea.

En presencia de los rudos ataques que nos dirigen los reaccionarios á los liberales, y sobre todo á los que admiramos las instituciones inglesas, no habrá nadie tan injusto que nos prohiba defendernos. «Pega, pero escucha.»

Si el estado de la Europa es complicado y crítico, el de Inglaterra no es tampoco del todo satisfactorio. Los ingresos de los últimos doce meses arrojan un déficit de cerca de dos millones esterlinos; Manchester se halla amenazada de una carestía de algodón; la agitacion en favor de la reforma electoral es cada vez mayor, y el gobierno puede decirse que se encuentra casi en minoría en la Cámara de los Comunes. Bajo tales circunstancias, el presupuesto de M. Gladstone, que debe presentarse el 15 del corriente, se espera con una viva ansiedad. El va á decidir de la suerte del ministerio, ó de la existencia del actual Parlamento.

La formacion decenal del censo de la Gran Bretaña se forma mañana mismo. El ejército que se ocupará de esta importante operacion de la ciencia moderna de la estadística, escede de 30,000 hombres. En las ciudades, en los pueblos, en los caseríos, en las casas de campo, en el palacio de la reina Victoria, en los buques estacionados en el Támesis, en los wagones de los ferro-carriles, en los hospitales, en todas partes, en fin, donde se ha albergado un sér humano la noche antes, penetrarán sus bien disciplinadas falanges para formar esta grande estadística. La última, hecha en 1851, dió un total de poblacion de 27.724,000 almas. En la decena que acaba de espirar se cree que estas se han elevado á 30 millones. Al mismo tiempo que Italia se unifica y organiza, que Austria lucha por conservar una existencia y una posición que se le escapan, y que Rusia emancipa sus siervos; mientras que el *enfermo* se muere ahogado por la proteccion

de sus aliados, la Prusia se embrolla con la Dinamarca, los habitantes de la India se mueren de hambre, y los yankees se divorcian despues de treinta años de camorras; mientras que las naciones del viejo y el nuevo mundo rugen, se amenazan y se preparan, en fin, á degollarse mutuamente *para establecer la paz sobre bases sólidas*, la Inglaterra anuncia al mundo un nuevo certámen de las artes y de la industria del universo.

Hablo de la esposicion universal de 1862.

Este hecho no debe, sin embargo, interpretarse por el deseo ó la intencion de este país de mantener la paz á todo precio, como predicán los Kuákaros. Lejos de eso, se observa últimamente cierto tono marcial en la imprenta periódica de Lóndres, que ha llamado con justicia la atencion de los hombres pensadores. El aumento de su ejército, sus 200,000 voluntarios, y una escuadra dos veces mas poderosa que la francesa y artillada con cañones de Armstrong; que cuenta por centenares sus buques de alto bordo, y por millares sus piezas de artillería, y está tripulada además con 80,000 marineros, no indican ciertamente que la Gran Bretaña está muy dispuesta á presenciar con el arma al brazo la ejecucion de los planes de la Francia ó de cualquiera otra potencia europea. La neutralidad que se ha impuesto á sí misma, tiene sus límites. La tentativa por colocar sobre el trono de Nápoles á un Murat, la pretension de perpetuar la ocupacion de Siria por los franceses, ó la de una reparticion de la herencia del potentado que agoniza en las orillas del Bósforo, le haría pasar sin vacilar el Rubicon. Pero el gran principio de la division del trabajo se ha llevado á tal grado de perfeccion en nuestros días, que ni el ruido de las armas ni la confusion de las batallas ponen obstáculos á la marcha progresiva del espíritu humano.

La esposicion universal de 1862 será mas brillante, si cabe, que la de 1851. Una década es un siglo del pasado en nuestros tiempos. El mundo camina mas de prisa, los productos de la industria son mucho mas rápidos, los medios de comunicacion han multiplicado, y los países europeos se han convertido en provincias de una gran nacion, llamada Europa, en el terreno neutral de la industria. Es verdad que todavía no viajamos por telégrafo, ni hemos descubierto el movimiento continuo, ni la cuadratura del círculo. Pero ¿quién es capaz de asegurar que para cuando se abra la esposicion no se habrán resuelto todos estos problemas? ¿Qué hay de imposible en esta época de milagros y prodigios? ¿No tenemos aquí mesas que hablan y se mueven por sí mismas? ¿Hornillos que guisan la comida, incluso la olla podrida, la sazonan y la ponen en la mesa? ¿Máquinas que cortan y hacen la ropa, y otras que la lavan, le quitan las manchas y se la ponen á uno en el cuerpo sin la asistencia de ayuda de cámara? ¿No poseemos en Lóndres artistas que ponen narices falsas, que no se despegan aunque se tire de ellas, y ojos con los cuales se ve? ¿Quién no ha observado al visitar la Inglaterra que aquí ni hay tuertos ni chatos?

En vista de todos estos prodigios hay razon para esperar que la esposicion universal de 1862 escudará en esplendor y brillo á la de 1851. La ley del progreso es inmutable.

El plan para el nuevo templo de la industria ha sido ya trazado y aprobado oficialmente: pero no por la opinion pública. Sus dimensiones son inmensas, y sus formas satisfacen á la escuela *utilitaria*, pero no á los artistas y gente de gusto. Figúrese Vd. un espacio de 1.300,000 pies cuadrados, una fachada de 1,200 de longitud por 60 de elevacion, sin alas ni nada que rompa la monotonía de sus líneas, una série de 32 enormes ventanas, una gran portada dividida en tres portales, cuyo entablamento está coronado por un remate en forma de un nicho sostenido por pilares en el cual se vé la estatua de la altiva Britannia; dos inmensas cúpulas, dentro de

las cuales pueden colocarse la de San Pedro de Roma y la de San Pablo de la Cité de Londres como un huevo dentro de un sombrero; situados á los extremos del cuerpo del edificio, y elevándose á la altura de 250 pies, podrá formar una idea, aunque confusa, de este palacio monstruoso.

En el primitivo diseño figuraba además otra cúpula central, probablemente tan alta y ancha como las montañas del Hymalaya; pero se ha suprimido porque su construcción envolvía un aumento de 200,000 libras esterlinas, con lo cual habría ascendido su coste á medio millon esterlino, ó sean cincuenta millones de reales próximamente.

La Inglaterra es una especie de tinaja de Danae, donde se funde todo el oro del universo. El palacio de Westminster costó 2,600 millones de reales; el puente de Londres 200 millones; 100 millones el Grande Oriental, y 62 el Túnel del Tamesis.

Las dimensiones de la nave principal de este *mare magnum* de la industria, serán 80 pies de ancho por 1,153 de longitud y las de elevación. Su material se compondrá de ladrillo, hierro y cristal, como e de los campos Elíseos de París. Una de sus interminables galerías estará destinada á la esposición de pinturas. La fotografía y la estatuaria serán distintivos característicos que diferenciarán esta de la exhibición de 1851, como podrán ver los que al visitarla hagan, que de seguro harán, el delicioso viaje de London Bridge á las siempre cubiertas de esmeraldas y pintorescas y rientes colinas de Sydenham.

La situación del nuevo palacio es una de las mas agradables de los alrededores del Occidente de Londres. Por un lado Hyde Parke, de universal nombradía, y por el otro las poéticas llanuras de Brompton, el jardín de horticultura, Kensington y Cromwell-road. Frondosas arboledas, paisajes encantadores, deliciosas vistas, aires puros y regeneradores, un cielo cuyo azul no impide contemplar el humo del carbon de piedra, aguas ornamentales, todo lo que puede contribuir á llevar la alegría al ánimo, la salud al cuerpo y el placer á la imaginación, se halla en fin reunido en el sitio en donde va á levantarse como por encanto el palacio de la industria cuyas puertas debe abrir la reina Victoria el día 1.º de mayo de 1862.

La construcción de este edificio ha dado lugar á que se renueven los strikes ó pronunciamientos de los obreros contra los arquitectos y maestros de obra. Apenas supieron los jefes y corifeos de sus asociaciones que los señores Kelt y Lucas habían cerrado el contrato para edificarlo, dieron órdenes á todos los trabajadores de abandonarlos si no accedían á la demanda de reducir á nueve las diez horas del jornal, sin rebajar por eso su precio. En consecuencia, notificaron sus deseos á dichos señores, los cuales se negaron rotundamente á satisfacerlos. En vista de esto abandonaron sus obras, y la lucha comenzó con la misma resolución por ambas partes de resistir hasta la última estremidad.

La moderación de los arquitectos y maestros de obra, el lenguaje conciliador y amistoso de la imprenta, y la amenaza de importar trabajadores de Bélgica y otros países continentales, unido á una proposición que no pueden negarse á aceptar los obreros sin revelar sus secretas ideas socialistas, han hecho posible una reconciliación entre el capital y el trabajo que evitará probablemente las miserias y calamidades del último desastroso pronunciamiento, en que con tal de hacer quebrar á los primeros se morían á centenares los segundos con sus mujeres y sus hijos. Esta proposición consiste en adoptar el sistema de trabajar al pago por hora con un aumento de cinco reales en la semana. Por este medio todo el mundo es libre de trabajar el tiempo que quiera, poniéndose término además para siempre á estas luchas calamitosas igualmente para ambas partes. Esta propuesta ha

sido aceptada con mucho favor por la imprenta y la opinión pública, así como por una gran parte de los trabajadores que han vuelto ya á sus talleres. Los únicos que se oponen á ella son los comités, porque saben bien que tan luego como llegue á ser reglamento general habrán perdido el despotismo absoluto que ahora ejercen sobre un ejército formidable de 200,000 obreros, á cuya costa viven y gozan de importancia é influencia social.

La fé y las convicciones religiosas hacen prodigios. Cuando ellas faltan, todas las leyes son impotentes para forzar las conciencias á que favorezcan este ú el otro culto. Estas reflexiones me las ha sugerido el triunfo que acaba de obtener la secta de los Baptistas en Londres. Mientras que ni las leyes, ni los alguaciles, ni la fuerza armada, pueden hacer pagar á los disidentes la contribución establecida para sostener la iglesia angelicana, (este es el principal argumento de los que piden su abolición), hemos visto levantarse como por magia un tabernáculo soberbio, cuyo grabado puede usted ver en el *Illustrated London News* de esta semana, que ha costado tres millones de reales, y cuya suma ha sido obtenida por medio de una suscripción voluntaria de los fieles.

El principal agente de este prodigio es un joven ministro de dicha secta, que apenas ha cumplido las veinte y seis primaveras y ya goza de una reputación universal como orador sagrado. Su elocuencia es un torrente que se precipita de las montañas y arrebatá todo cuanto encuentra en su camino. Su estilo familiar y sublime alternativamente, es el de un verdadero tribuno del pueblo. Hombre de génio superior, ha puesto á un lado todas las formas convencionales y trazándose para sí una nueva senda. Su voz y su acción dramática son verdaderamente prodigiosas. No pudiéndolo contener los estrechos límites de un púlpito, predica siempre en una especie de plataforma como los oradores políticos.

Criado y educado en un pueblecillo cerca del condado de Cambridge, M. Spurgeon (tal es su nombre), fué sacado de su oscuridad por los baptistas y traído á Londres para que predicase en una de sus capillas. A la edad de diez y nueve años había predicado ya trescientos sermones. A su debut en Londres, hace cosa de seis años, la multitud que acudía á oírlo era tan inmensa, que tuvo que trasladar el teatro de sus operaciones á Exeter-Hall, el gran salon de música donde ejecuta la Sociedad filarmónica, de que he hablado á usted en otras ocasiones, sus famosos conciertos de música sagrada.

Como entre los ministros protestantes está permitido el matrimonio, M. Spurgeon hizo durante uno de sus sermones una declaración un tanto original, y la cual basta conocer para formar una idea de la escentricidad y *sans facon* de su estilo. Al observar la enorme concurrencia de bellas jóvenes ricamente ataviadas que acudían á oír su voz elocuente y sonora, y la cantidad innumerable de seductores ojos que se fijaban en su redonda y campesina fisonomía, declaró un día con la prodigiosa calma y el aplomo que le caracterizan que estaba comprometido, y que se engañaban las que fuesen á oírlo predicar con la idea de engancharlo, para conducirlo al altar de Himeneo. Solo el génio puede perdonar tan ridícula y profana declaración. La influencia que este hombre ejerce en las masas que corren á escucharlo, es conmensurable con su extraordinaria, aunque desigual elocuencia. En el tabernáculo en que ahora predica pueden acomodarse cinco mil personas sentadas, y dos mil de pié. Y no obstante, al comenzarse los oficios hay que cerrar las puertas del templo porque sería imposible admitir en su recinto á todos los que acuden á oírlo. Doscientos ó trescientos mil ejemplares, á un penique cada uno se venden todas las semanas de sus discursos, y su editor en los Estados-Unidos ha espendido mas de cien mil volúmenes de la colección de sus sermones.

La ligera reseña que de este fenómeno dejo hecha, basta para que forme V. una idea del movimiento religioso de esta protestante nacion.

La muerte de la amable y virtuosa duquesa de Kent, madre de la reina Victoria, ha sido muy lamentada por el pueblo inglés y cubierto de luto á la familia real. Esta se ha sustraído en consecuencia de la vista del público, y lleva una vida muy retirada en los sitios reales. En la actualidad se halla en Osborne, isla de Wight. La aristocracia tambien anda retirada, y como está vestida de luto, como la corte, se abstiene, en general, de concurrir á los teatros y otros públicos espectáculos. Desde el viernes santo acá hemos tenido además un tiempo espantoso. De modo que puede decirse que se han agitado las Pascuas, y hasta el mes que viene en que empiezan las carreras de caballos, no se observará aquí alguna animacion. Los jefes de los voluntarios pasaron á estos revistas el primer día de Pascua en Brighton y Wimbledon; pero la lluvia, el frio, y el mal tiempo, comprometieron su éxito y resfriaron su ardor marcial. Así es que si se exceptúa el viernes santo, en que hizo un tiempo deliciosísimo, la Semana Santa y las Pascuas se han deslizado casi sin apercibirse, pues aquí, como V. sabe, no hay procesiones ni funciones de iglesia como en los países católicos. En dicho día los habitantes de Lóndres se desbordaron por los bellos y pintorescos alrededores de esta capital, por los parques, los paseos, los jardines y el Támesis. De todos los sitios, el mas concurrido fué el palacio de cristal de Sydenham. Nada menos que 50,000 personas atrajo el concierto de música sagrada dado en este encantado paraiso.

Esta inclemencia de la estacion, que mas bien que primavera parece de invierno, ha hecho buscar refugio al público en los reatros. En general estos han empezado bien. El de S. M., aristocrático por excelencia, no ha abierto, sin embargo, todavía sus puertas, ni M. Smith, su enérgico empresario, ha revelado todavía al público sus planes para la actual campaña teatral. No sé si en esto habrá influido algo la muerte de la duquesa de Kent. A juzgar por los rumores que circulan en los círculos teatrales y en los clubs, M. Smith se ha hundido bajo el peso de sus imprudencias y prodigalidades. Estos rumores tienen aire de verosimilitud, pues es imposible que este pudiese sostener, como sostuvo, durante la última estacion una compañía de ópera inglesa y otra de ópera italiana, con tres ó cuatro *prime donne de primo cartello*, tres ó cuatro tenores, tambien de primer orden, y otros tantos barítonos y bajos en cada una, sin experimentar serias pérdidas.

De todos los coliseos el que mejor ha comenzado es el de Covent-garden. El programa de M. Gye, su inteligente empresario se espera aquí siempre con tanta impaciencia y se lee con mas interés que el discurso de Napoleon el día de año nuevo, ó el presupuesto de M. Gladstone. Habiendo quedado solo en la escena con la retirada de su rival, el de la estacion presente se ha decorado con doble gusto. Su estilo claro, preciso y terso, puede servir de modelo al de esos ministros que acostumbran mistificar á los pueblos en un océano de ambigüedades, equívocos, sofismas, y toda clase de ambaiges y rodeos.

Lo primero que salta á la vista en este programa es la enorme lista de «*prime seconde terze donne, primi tenor assoluti e non assoluti, baritoni bassi e bassi profondi.*» Muchos de los nombres de estos son eminentes y muy favoritos del pueblo inglés, como los de las señoras Penco, Rosa Czi-llag, Didié, Mislan Carvalho, Rudersdorf y Corbari, por ejemplo, y los signori Tamberlik, Neri-Baraldi, Ronconi, Graziani, Faure, Zelger, Tagliafrico y Formes.

M. Gye ha declinado, juiciosamente en mi opinion, contratar á la Grissi, lo cual ha envuelto la pérdida de Mario. Esta

señora, despreciando la sabia máxima de Byron, que dice que un héroe debe saber morir á tiempo, insiste en sobrevivir para ver marchitarse sobre sus sienes los laureles que ha recogido en la escena. Pero el público, á pesar de las consideraciones que la guarda y la indignacion con que recibió la noticia de la silba que se le dió en el teatro Real de Madrid, no desea verla mas en las tablas.

Además de los nombres mencionados, se esperan que vengan á reforzar esta falange la signora Tiberini y monsieur Jourdan. El director de orquesta es siempre el famoso M. Costa. En cuanto á novedades, solo encuentro en el repertorio de este año *Un Ballo in Maschera*, de Verdi, y *El Pirata*, de Bellini.

Para el debut de este coliseo se eligió la famosa ópera de Meyerbeer intitulada *El Profeta*. Tamberlik y madame Czi-llag hicieron en ella prodigios y fueron debidamente recompensados por el público con repetidas salvas de aplausos y llamadas al proscenio. Esta *prima donna* posee una voz de muy bella calidad, y su escelente método de canto, así como su accion dramática, se distinguen por su verdad, sencillez y naturalidad. Su estilo es siempre correcto, puro, y está lleno de intencion é inteligencia. Sus mas felices inspiraciones en esta ópera, y en donde gusta mas, fueron en «O mio figlio,» del primer acto; «Pietà, pietá,» del tercero, y en el gran aria di bravura, «O verità, figlio del ciel,» del cuarto. En la escena de la coronacion se escedió á si misma. En ella no sabemos qué admirar mas, si su estilo inspirado, interesante y poético, ó su espresion y admirable accion dramática.

El Sr. Tamberlik se hallaba un poco afectado al principio por la estraordinariamente entusiástica recepcion que le dió el público. Pero se recobró al fin, y fué llamado á la escena con la señora Czi-llag, donde recibieron una brillante ovacion.

Las otras cantantes que tomaron parte en esta ópera, desempeñaron sus respectivos papeles á la perfeccion, y Zelger, Polonini y Baraldi, fueron tambien muy aplaudidos en el célebre trio de los anabaptistas.

En los demás teatros, lo que mas llama la atencion es la representacion del *Hamlet*, de Shakespeare, en el de la Princesa por un extranjero, M. Fechter, actor francés. Este es uno de esos verdaderos hombres de génio cosmopolitas que en todas las lenguas, en todos los países, y en presencia de todos los públicos, arrastran en pos de si las simpatías y la admiracion de las gentes. Su interpretacion del difficilísimo protagonista de esta tragedia es tal, que si se exceptua Charles Kean, no hay otro actor en toda la Inglaterra, ni los Estados-Unidos que se le acerque ni con mucho. Así es que el público corre en tropel todas las noches á verlo, siendo por lo tanto difícil obtener acceso á este coliseo. Esto humilla un tanto á los que estaban hasta ahora en la presuntuosa idea de que los extranjeros no alcanzaban nunca á la cumbre de nada.

Las exposiciones están á la orden del día. En este momento las tenemos de industria, de artes, de ganado, de recoba, ó sean aves, de flores, y de pinturas. En todas ellas se observa un marcado progreso. Todas manifiestan la incontestable utilidad de comparar los trabajos pasados con las mejoras presentes. En la primera, sobre todo, se ve que va á llegar el tiempo en que la maquinaria va á reemplazar al hombre en todo lo concerniente al trabajo material.

Los progresos en las bellas artes son tambien muy notables, especialmente en la fotografia. La escuela inglesa de pinturas hace rápidos adelantos, sobre todo en paisajes, pero no así la de escultura. Lóndres, es la capital de Europa, en donde se ven mas estatuas, pero en la que se encuentra menor número de un orden superior.

En las actuales exhibiciones de pinturas, de que el limitado espacio de esta carta no me permite hablar á V. detallada-

mente, se han presentado además de muchos paisajes de primer orden, dos cuadros que merecen especial mención, y para el cual reclamo de V. un momento mas de atención.

Nada es mas interesante al ánimo cristiano que los lugares consagrados por la pasión y muerte de Jesucristo. Nada evoca en nuestra alma recuerdos mas sublimes que Jerusalén en su grandeza y en su caída. Y como M. Selous ha elegido estas sagradas materias para sus cuadros, y las ha manejado con la destreza y la valentía del génio, no es extraño que estas sean el acontecimiento artístico del momento.

En «Jerusalén en su grandeza» el pintor ha elegido el momento de la entrada de nuestro Señor en la ciudad santa. El monte Olivete está coronado de espectadores, delante de los cuales se estiende como en un mapa la ciudad y los campos comarcados. Entre los edificios que contribuyen á su grandeza, se ve el palacio de Herodes con las elevadas torres que dejó en pie después de su caída el conquistador romano como una memoria de su antigua magnificencia; el de Caifás, el sumo sacerdote, el anfiteatro, la vía dolorosa, y el camino del Calvario, y sobre todo, el templo, radiante de belleza con sus galerías, su gloriosa portada y la esbelta torre del centinela.

El cielo es azul, caluroso, despejado y sin nubes, como el de la Palestina. En primer término se destaca nuestro Redentor, radiante de mansedumbre y caridad cristiana, y con una expresión celestial en su divino semblante. En su derredor se ven los enfermos que ha curado, las madres que suplican en favor de sus moribundos hijos, los soldados de la caballería romana, los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, y la multitud espantada por tantos prodigios.

En «La caída de Jerusalén» la escena que se ofrece á la vista es de desolación y muerte. El templo ha desaparecido. Su sitio está ocupado por las reliquias de otra religión. Entre los nuevos templos que se disputan la supremacía de los Santos Lugares, se destaca la mezquita de Omar, alrededor de la cual se levantan otras mezquitas, otros templos y varias sinagogas. La ciudad y sus alrededores se ven desde el mismo punto; pero ¡cuán diferente! En la primera pintura se contempla una ciudad gloriosa, aunque degenerada; en la segunda, una ciudad ruinosa y profana. El cielo es siempre bello, transparente y azul; pero debajo de él todo ha cambiado. En el primer término, en vez de las figuras históricas, solo se ven turistas, ó viajeros ingleses, guías árabes, oficiales turcos, y grupos apropiados á la escena.

Tales son las últimas dos grandes creaciones del arte de la pintura que se han desprendido del pincel inglés.

J. S. BAZAN.

EL BALSAMO DE LAS PENAS,

NOVELA ORIGINAL,

por Doña Angela Grassi.

II.

Era el anochecer de aquel día: el sol iba á esconderse en el Occidente, y sus postreros reflejos doraban las altas torres de las iglesias y los remates de las casas. A esa hora las calles de Madrid se parecen á un embravecido torrente, en donde las oleadas se chocan, se rechazan, se atropellan; solo que las oleadas son formadas de individuos de todas clases y

condiciones, que se codean y se empujan, y pasan sin volver atrás la cabeza para ver al infeliz á quien derriban. A esa hora, Madrid como todas las poblaciones grandes, es un caos, un verdadero infierno, en donde los infelices transeúntes, sufren los tormentos de los condenados.

Pero á pesar de esa apariencia de vida y de alegría ¡cuántas escenas de luto y de amargura debia encubrir la noche que se acercaba, porque la noche es siempre enemiga de los desdichados, y su lúgubre horror agrava todos los sufrimientos!

En la casita de la calle de San Vicente, tenia lugar una de esas escenas, y hacia presentir cuán triste seria la noche para la triste familia, cuya descripción he procurado hacer.

Claudio no habia vuelto, y en su lugar los alguaciles habian tomado posesión de la miserable vivienda.

Estaban procediendo al embargo, y con la ferocidad instintiva de las gentes groseras, se amparaban con bárbaro placer de los objetos, que aunque tal vez supérfluos, eran mas caros á aquellos infelices. Habian tronchado casi de intento al pasar, las flores de las macetas, derribado algunos juguetes de china, y se sonreían con infernal complacencia, al ver las lágrimas de Virginia, al contemplar aquel destrozo.

El escribano estaba gravemente sentado delante del escritorio de Claudio, é iba anotando los diferentes objetos que componían el pobre ajuar.

Cuando hubo concluido, depuso la pluma en el tintero, y dijo con voz chillona.

—¡Ahora es preciso que desocupeis el cuarto!

Lorenza envolvió en una sola mirada á su vieja madre y á sus dos hijos, y dando algunos pasos hacia el escribano con las manos juntas, dijo con tono suplicante:

—¡No tenemos parientes ni amigos! ¡Adónde iremos! esperad á mañana!

—¡Es imposible! Sois reincidentes, y el ama quiere absolutamente valerse de su derecho. El cuarto está ya alquilado á otras gentes, y para que ellas vengan, es preciso que lo desocupeis.

—¡Por Dios! balbucearon al mismo tiempo Virginia y la pobre Severa.

Nicolás nada dijo, pero un temblor convulsivo recorría todos sus miembros.

—Ni por Dios, ni por la Virgen! repuso brutalmente el escribano levantándose. ¡y si no consentis de grado, será por fuerza! Haced un hatillo de vuestra ropa y en marcha.

—¡Oh, no teneis corazón! exclamó Lorenza.

—Bueno fuera que lo guardara aun, después de veinte años de presenciar escenas como esta! ¡Por qué no trabajais!

Virginia prorumpió en sollozos. Tener que abandonar aquel modesto cuartito en donde habia vertido tantas lágrimas, en donde se habia deslizado su tranquila infancia. Los viejos y los niños tienen muchos puntos de contacto. Tampoco Severa pudo sobrellevar aquella desdicha tanto mas intensa para ella, cuanto era inesperada, y se arrojó llorando en los brazos de su nieta.

—¡Por ellos! exclamó Lorenza fuera de sí.

El escribano se encogió de hombros, é hizo un gesto á los alguaciles. Estos se adelantaron.

En aquel momento se entreabrió lentamente la puerta, y un jóven adelantó su rubia cabeza por la rendija.

Pareció dudar un momento, luego la abrió de par en par y entró resueltamente en el aposento.

—Tomad, dijo, entregando al escribano trescientos reales; esto por el alquiler; esto para vos y esos muchachos; repuso añadiendo un napoleon á la cantidad anterior.

—¡Caballero! exclamó Lorenza con las mejillas encendidas por un noble orgullo... ¡yo no pido limosna!

—Y no lo es, señora, ¡es una antigua deuda la que os pago! Ya hablaremos luego, dejad que se vayan estas gentes.

Cuando el escribano y los alguaciles se hubieron alejado, Lorenza ofreció una silla al desconocido.

—Vos á mi lado, señora, dijo el jóven, presentándose á su vez con amable galantería. Yo debo la vida á vuestro esposo. Muchas, muchas veces mi buen padre me ha hablado del generoso médico que pasó tres noches consecutivas al lado de mi cuna. Mi padre y mi madre me han enseñado á bendecir su nombre; mi padre y mi madre me han ordenado que le amase como los amo á ellos.

Ignorábamos su paradero. Esta mañana en el Retiro, la casualidad me colocó al lado de vuestro hijo. Adiviné que sufría, le hice prometer que me proporcionaría el placer de conoceros, y perdonad mi indiscreción, presintiendo que una hora anticipada de consuelo, es un presente agradable para el que gime en la amargura, no tuve paciencia para esperar hasta mañana, y... aquí estoy. Supuesto que ya os he confesado que soy ligero é imprudente, voy á confesaros el resultado de mi imprudencia, solicitando de antemano vuestro perdón....

Mi encuentro con vuestro hijo me impresionó vivamente... Desde el Retiro me dirigí á casa del opulento banquero, don Gerónimo Mendoza, con el cual me une una amistad muy íntima.

El banquero tiene una hija amable, sensible y virtuosa. Casi por hablar les conté cuanto acababa de sucederme, y ellos se interesaron por vuestro hijo y me exigieron que le buscara y le ofreciera en su nombre un modesto empleo en su casa. Cabalmente el Sr. de Mendoza está ahora abrumado de trabajo, y le hace suma falta un secretario.

Confieso que á mi tal vez se me hubiera olvidado el lance del Retiro, de modo que al banquero y á su hija es á quienes verdaderamente deberá Claudio un favorable cambio de fortuna...

El Sr. de Mendoza por ahora le ofrece seis mil reales.

La desdichada familia soltó un grito de loco júbilo.

Les pareció una cantidad exorbitante.

—Pero caballero... balbuceó Lorenza á quien el infortunio había hecho precavida... esos señores... tantos beneficios... ¿por qué?

—¡Oh! no lo extrañéis señora Genoveva; la hija del banquero es el ángel bueno de los que sufren, y convierte en placer la beneficencia. Por cierto que tiene razón: hoy que me ha asociado á este placer, que yo, no por falta de buena voluntad, sino por inercia, jamás había gozado; confieso que tiene muy dulces atractivos.

En aquel instante llamaron á la puerta: era Claudio. Estaba pálido como un cadáver y traía debajo del brazo su abultado manuscrito.

Al ver á un extraño en su casa, se detuvo tímidamente en el umbral de la puerta.

Eugenio se abalanzó hacia él.

—Como tardaba tanto en llegar el día de mañana, dijo sonriendo con finura, he hecho la presentación por mí mismo.

Eso no está muy en el orden, pero contaba con la bondad de vuestra madre. Ahora me retiro, y mañana á las ocho volveré á buscaros.

Adios, mi nuevo amigo; perdonad señora.

Y Eugenio, haciendo un gracioso saludo, se retiró.

Los circunstantes guardaron por un momento el mas profundo silencio.

Era tan extraño aquel suceso, y está tan poco acostumbrada la especie humana á presenciar rasgos de noble desprendimiento, que cada uno se empeñaba en hallar un móvil que no fuese la generosidad, á aquella buena acción. Es verdad que el tono de Eugenio era dulce, franco, insinuante; el tono

de la verdad y el sentimiento; pero la pobre Lorenza había sufrido tantos y tan amargos desengaños, que la confianza había desaparecido completamente de su alma.

Echó una recelosa mirada sobre su hija; pero cual si la casualidad, ó mas bien la Providencia hubiese querido responder á su secreto pensamiento, Nicolás dijo á Virginia con tono de amargo reproche:

—¡Qué mal vestida estás! ¡Qué habrá dicho ese caballero al ver tu desaliño?

El mayor placer de Nicolás era ver á su hermana adornada con elegancia.

—A bien, repuso el niño con marcadas muestras de disgusto, que ece caballero no debe tener ojos, pues ni siquiera por un instante ha fijado la atención en tí, que erés tan linda!

Lorenza respiró: pareció que su corazón se libraba de un peso enorme.

—Hijos míos! dijo con acento solemne, postrémonos y oremos! Demos gracias á Dios porque nos ha amparado en nuestra desventura! Démosle gracias con toda la efusión de nuestras almas!

Todos se postraron y oraron: oraron largo tiempo, y lágrimas de consuelo y de alegría corrieron en abundancia por sus pálidas mejillas.

¡Ay! ¿qué le había costado á Eugenio ser el mágico que trocase el bien en mal, que devolviese la paz y la tranquilidad á aquellos infortunados seres? Poco, tan poco que lo hubiera empleado sin apercibirse de ello, en cualquiera de esos turbulentos placeres con que se embriaga la juventud, y que solo producen vergüenza y remordimientos.

Aquella noche, el sueño tendió blandamente sus alas sobre aquellos antes desolados seres, y ensueños de paz y de bonanza les hicieron olvidar las borrascosas escenas de la vispera.

Pero vino el alba, y al despedir sus primeros albores, toda la familia se puso en movimiento. Aquel era un gran día; un día del cual tal vez dependía su suerte futura, y era preciso conquistar los favores del destino con toda la actividad posible. Virginia planchó á su hermano la camisa, reservada para las grandes solemnidades. Era de finísima Holanda y había pertenecido á su padre. Era una magnífica camisa, bordada con primor, solo que el uso había adelgazado su tegido en términos, que se transparentaba por todas partes. Mientras tanto, Claudio daba lustre á sus botas, cubriendo de tinta los sitios por donde el cuero estaba un poco descortezado; Nicolás limpiaba con unos polvos blancos los gemelos de la camisa, y Lorenza cepillaba por centésima vez un venerable frac, que hubiera podido servir de dato cronológico para atestiguar la moda que reinaba en la época en que los franceses entraron en España.

Ocupados en tan importantísimos quehaceres, oyeron las ocho. Nadie había pensado en almorzar. Todos los cajones de las cómodas estaban abiertos, contra costumbre, todos los muebles en desorden, y los individuos de aquella pacífica familia iban y venían empujándose unos á otros y aun riñéndose y motejándose.

Al oír las ocho todos soltaron un grito de estupor y angustia.

Claudio se vistió apresuradamente.

Púsose unos pantalones negros, algo blanquizcos en algunos parajes; un chaleco blanco y el venerable frac. En cuanto á la corbata, necesitó largo tiempo para hacerse el lazo, y ocultar algunos agujeros que patentizaban la asiduidad de sus servicios.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

El estado de postracion en que se halla nuestro teatro, y casi podemos decir el teatro de Europa, es evidente é irremediable. En vano es buscar medios para devolverle su pasado esplendor; en vano es afanarse por hallar nuevas sendas por las que pueda llegar el arte dramático á una y gloriosa trasformacion, porque es una verdad innegable que el teatro no es ya de los tiempos actuales: la novela le ha destronado.

Cada dia que una nueva comedia, y sobre todo un nuevo drama, se pone en escena, vemos que el público fatigado, desorientado, sin saber lo que desea, no acierta, ni mostrar su disgusto hácia obras que tienen el mérito de todo lo mediano en artes, ni se atreve á aplaudir lo que no es verdadera literatura dramática, sino cansancio, debilidad y casi siempre impotencia.

Esto mismo lo comprenden los autores de obras dramáticas, y en vano buscan algo nuevo, algo raro con que distraer la fatigada atencion de un público que por otra parte desea y busca no solamente la novedad, sino el verdadero arte. Llegó el cansancio hasta el punto de creer que era necesario resucitar el drama romántico para devolver al teatro su pasado esplendor, y tal vez en esto no anduvieron tan descaminados como se supuso, pero se equivocaron cuando trajeron con la pasada idea sus viejas y hoy insoportables vestiduras.

Qué hacer pues, se dicen los autores; el presente es una época de duda y de transicion, nadie está contento con nada; la incertidumbre y el poco apego al presente hace de nuestra sociedad una sociedad poco contenta con lo de hoy, puesto que los unos suspiran por el pasado y los otros sonrien á lo futuro. Reflejemos esta vida de cansancio y de egoismo y hagámosle ver que tiene en si misma goces de que no sabe aprovecharse, y de aquí nació nuestro teatro de hoy, pobre, raquítico, sin mas pretensiones que las de repetir al hombre vulgar que asiste al teatro, las vulgaridades que de su boca salen á cada momento. ¿Y es esto arte?

Vemos con frecuencia que la mayor parte de nuestros autores dramáticos, atentos mas que al estilo, á la trama y sobre todo al efecto del drama, parecen una secta aparte en la literatura en que la poesía y el estilo son cosa ajena á su objeto, y en que el efecto es el verdadero dios á quien rinden homenaje. ¡Pobre arte dramático! y sobre todo ¡pobre poesia!

Hace tiempo que un exagerado realismo está marcando de una manera terrible la decadencia del arte; se dijo que la correccion de estilo era una prueba de que la literatura decaía, pero de hoy mas compartirá el realismo la triste mision de decir á las nuevas generaciones poéticas de qué triste manera se fué estinguendo en nosotros la poesia. El arte dramático no supo huir de este escollo y se hizo realista; los dramas que se representan cada dia son una prueba de ello; nada de buscar para el drama nuevos horizontes, dilatando de este modo su agonía y haciéndola digna del nada; cuando mas, se arranca á la historia una figura noble y poderosa, y se la empequeñece y se la degrada. No conocen nuestros autores que el drama necesita nacer en una gran imaginacion, ser modelado por un gran talento, y que un corazon sensible le preste esos toques de sentimiento, que es el rayo sagrado con que el poeta ilumina sus obras.

Un ejemplo y notable de estas verdades, lo tenemos en el nuevo drama del Sr. Ferrer del Rio, titulado FRANCISCO PIZARRO.

La critica desapiadada ha hecho ya su exámen, ha aquilatado sus bellezas, ha señalado sus defectos. Pero esto mismo ¿qué quiere decir? ¿No nos indica que tambien la critica se ha empequeñecido, rebajado para ponerse al nivel de las obras que critica?

El drama del Sr. Ferrer del Rio, dicen peca en lo mas imperdonable para un autor dramático; los caracteres de sus personajes no son uniformes, cambian como el aire, á cada momento, asi son fieros é indomables como Ruayllas Nusta y la raza de que descendia, como se tornan en una débil y tonta mujer que no sabe ni lo que hace, ni lo que debe hacer, indigna de ella, indigna de su estirpe.

Se acusa al Sr. Ferrer del Rio de haber falseado en su conjunto la fisonomía histórica de sus personajes, se le acusa de haber empequeñecido al protagonista, y sobre todo de que su obra carece algun tanto de interés, esa pequeña cosa que gracias al cielo, aun no se han atrevido á perder los autores dramáticos: ¿no basta esto ya?

Para nosotros es indudable que si.

Cuando un escritor ha sabido adquirir una reputacion en un ramo cualquiera de la literatura, debe mirar á lo que se espone cuando se atreve á cruzar caminos para él ignorados, ú olvidados. El Sr. Ferrer del Rio estaba en este caso.

¿Por qué su obra no ha satisfecho las exigencias del público y de la critica?

Se ha dicho, y esto viene á darnos la razon de lo que decimos antes, que como *obra literaria* el drama FRANCISCO PIZARRO es bueno, pero no como obra dramática. Esta distincion no la comprendemos, pero la esplicamos; el drama de hoy ha dejado de ser literario, en la acepcion vulgar de esta palabra, y hé aquí el porqué de la diferencia, y el por qué lógicamente hablando, aunque no hablando con propiedad, el dia que un drama, está escrito por una persona que sabe el respeto grandísimo, nos atrevemos á decirlo, que se debe á la forma, aquel dia se establece esa diferencia notable, y bajo este concepto no podemos menos de elogiar al Sr. Ferrer del Rio. No habrá acertado á desenvolver su pensamiento, no habrá sabido darle aquel interés, aquella uniformidad de caracteres necesaria en una obra de su clase, pero al menos conoció lo que se debe como escritor, y consiguió que su FRANCISCO PIZARRO, ya que no fuese otra cosa, fuese al menos la obra de un literato.

Vemos la decadencia, la deploramos, pero no podemos resignarnos á que el drama se le envuelva en una miserable mortaja. El drama no puede tener hoy vida pujante y deslumbradora; pero debe caer como César envuelto en su manto.

A grandes consideraciones puede dar lugar lo que llevamos dicho; y tiempo hace en verdad que temiamos abordar una cuestion que tantas susceptibilidades puede herir; pero al entrar de lleno en ella, seria ir mas lejos de lo que nos proponemos, y por lo mismo concluimos no sin lamentarnos profundamente del precario estado en que se halla nuestro teatro.

No cabe decir que el drama sigue en nuestra patria la ley comun de la desgracia que pesa sobre nosotros, no; el drama es hoy, si se nos permite la frase, el mayorazgo de nuestra literatura, la novela, la historia, la poesia lirica, la critica, son pobres plantas que viven sin aire y vejetan tristemente. Nada les pidais, cuanto producen es demás; el drama, el drama que tiene la pretension, bien injusta por cierto, de ser la expresion mas sublime del arte, es la que tiene que decirnos que el arte vive, y que vive de una manera digna y gloriosa.

Por todo lo no firmado,

El secretario de la redaccion, MANUEL MURGUIA.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo Magdalena, 38 principal.